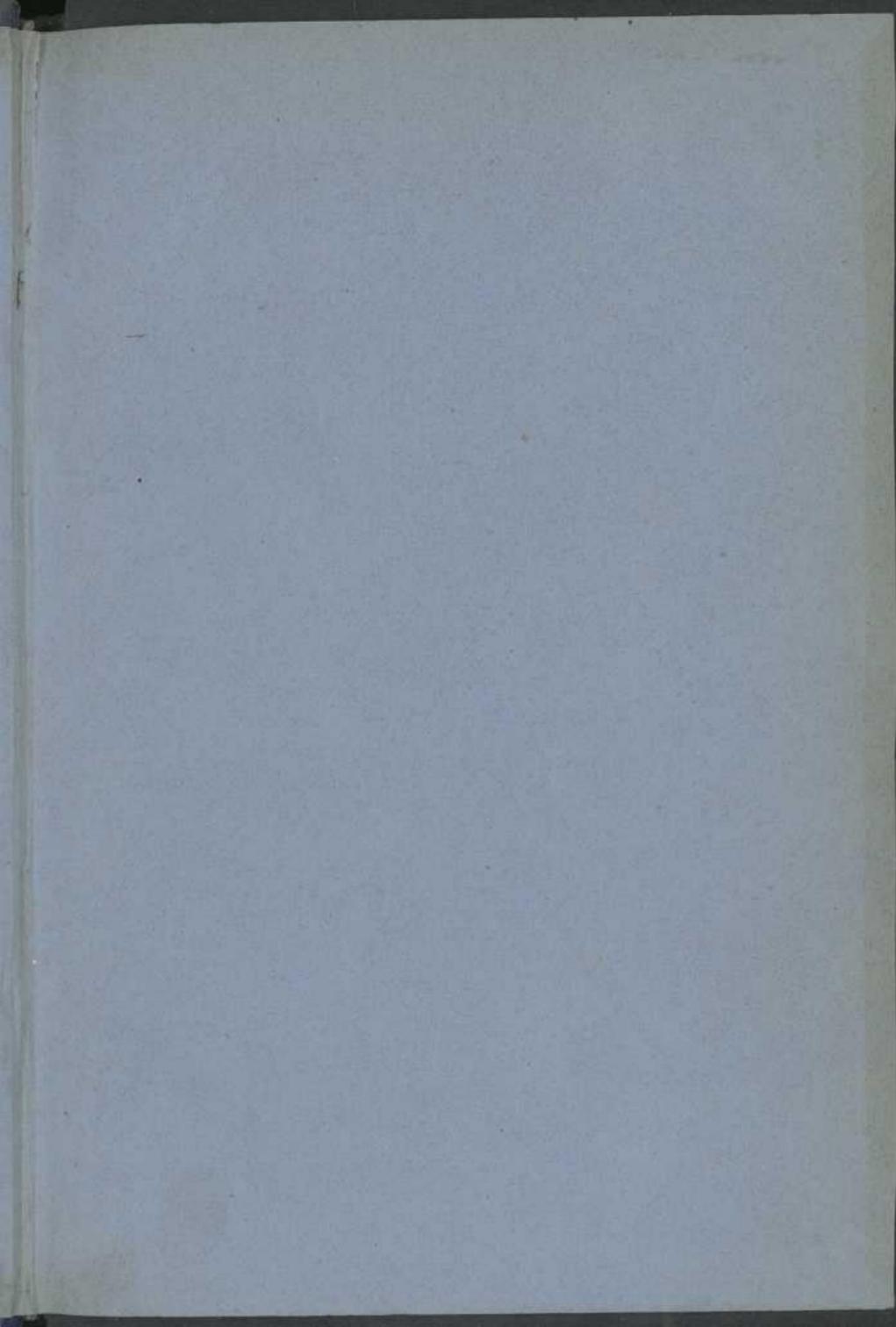


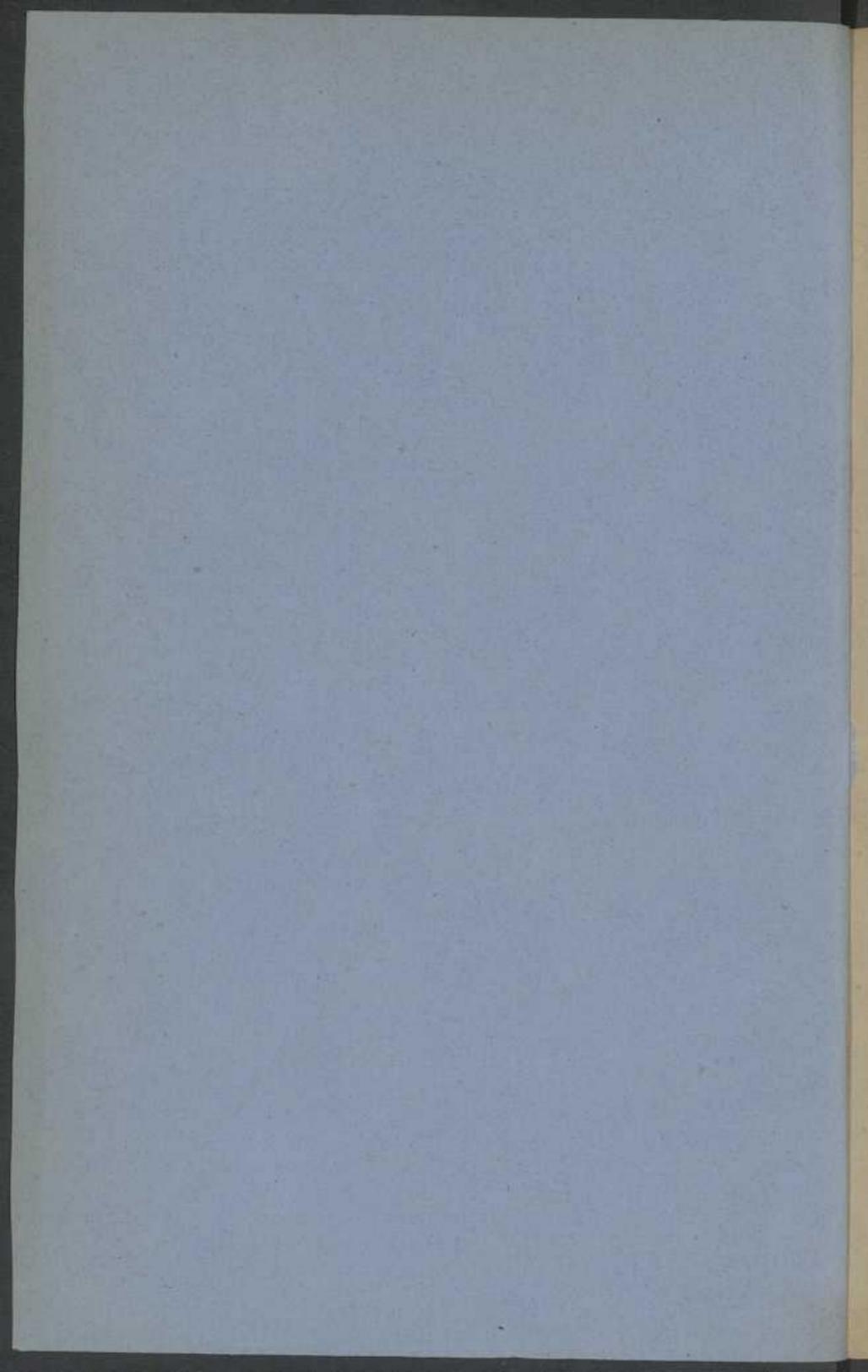
94

14994

~~14994~~

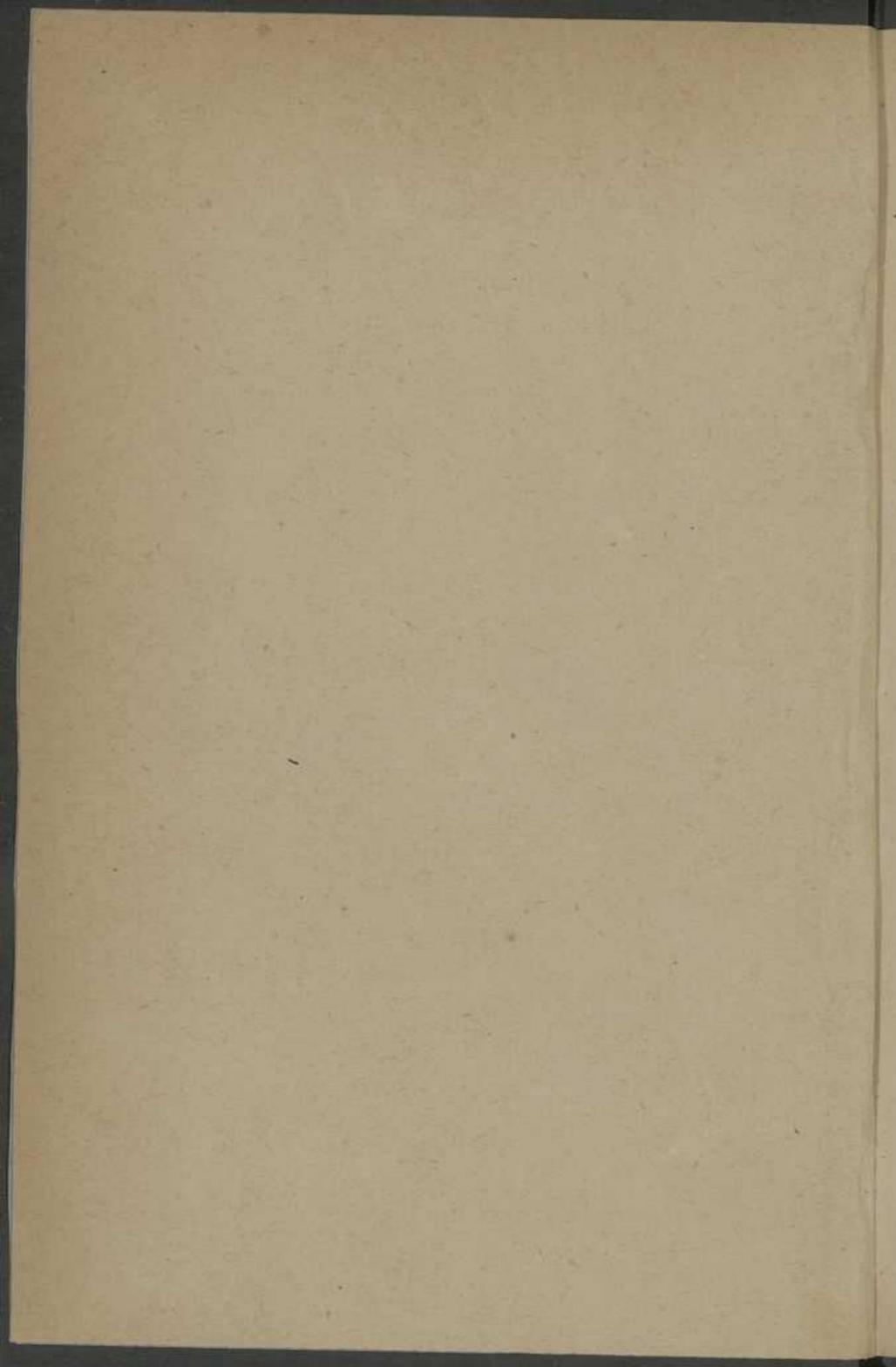
15323



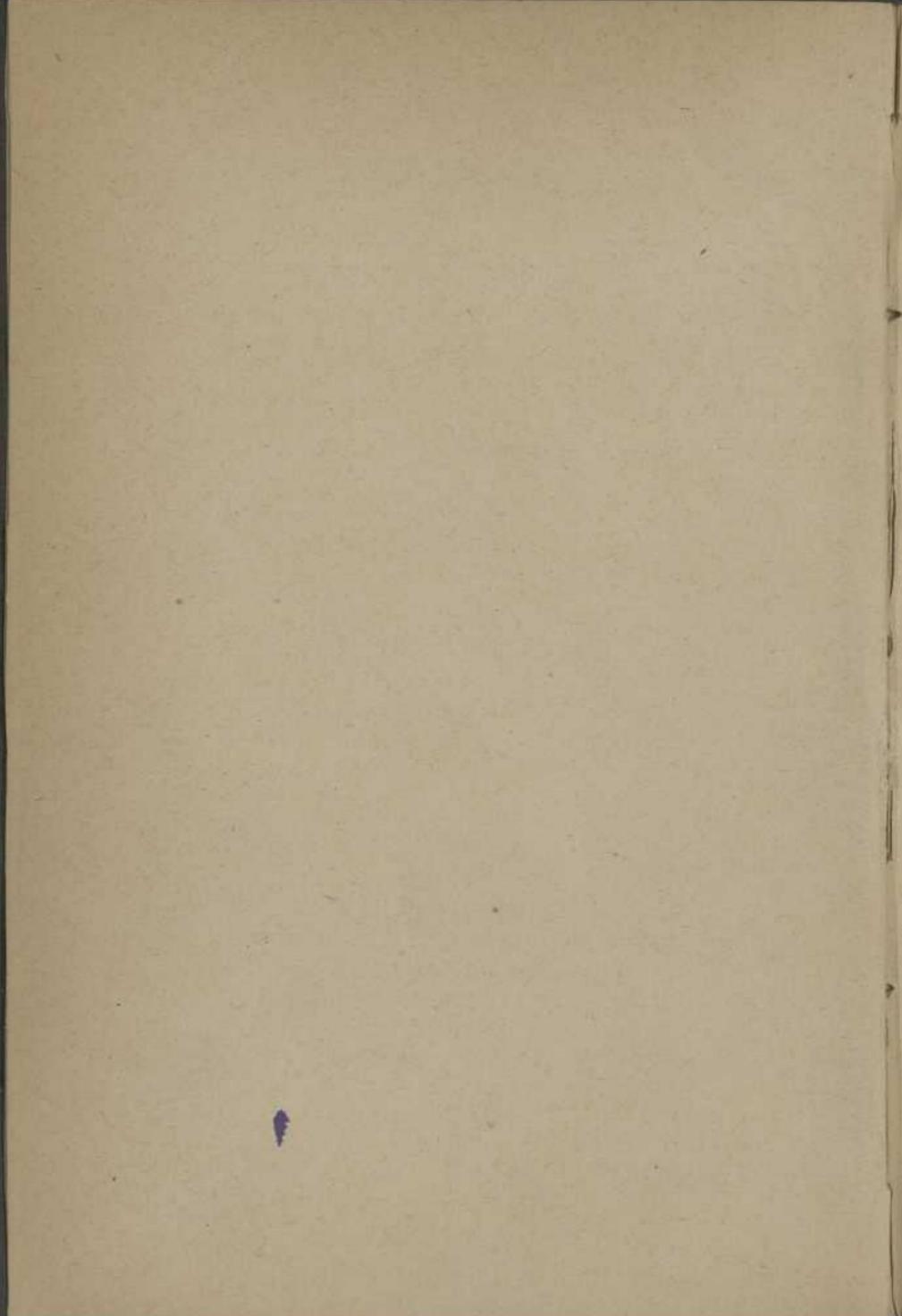


VI

134



COSAS DEL MUNDO



FF

COSAS

DEL

MUNDO

CUARTILLAS ORDENADAS

POR

ROQUE F. YZAGUIRRE



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado, bajo

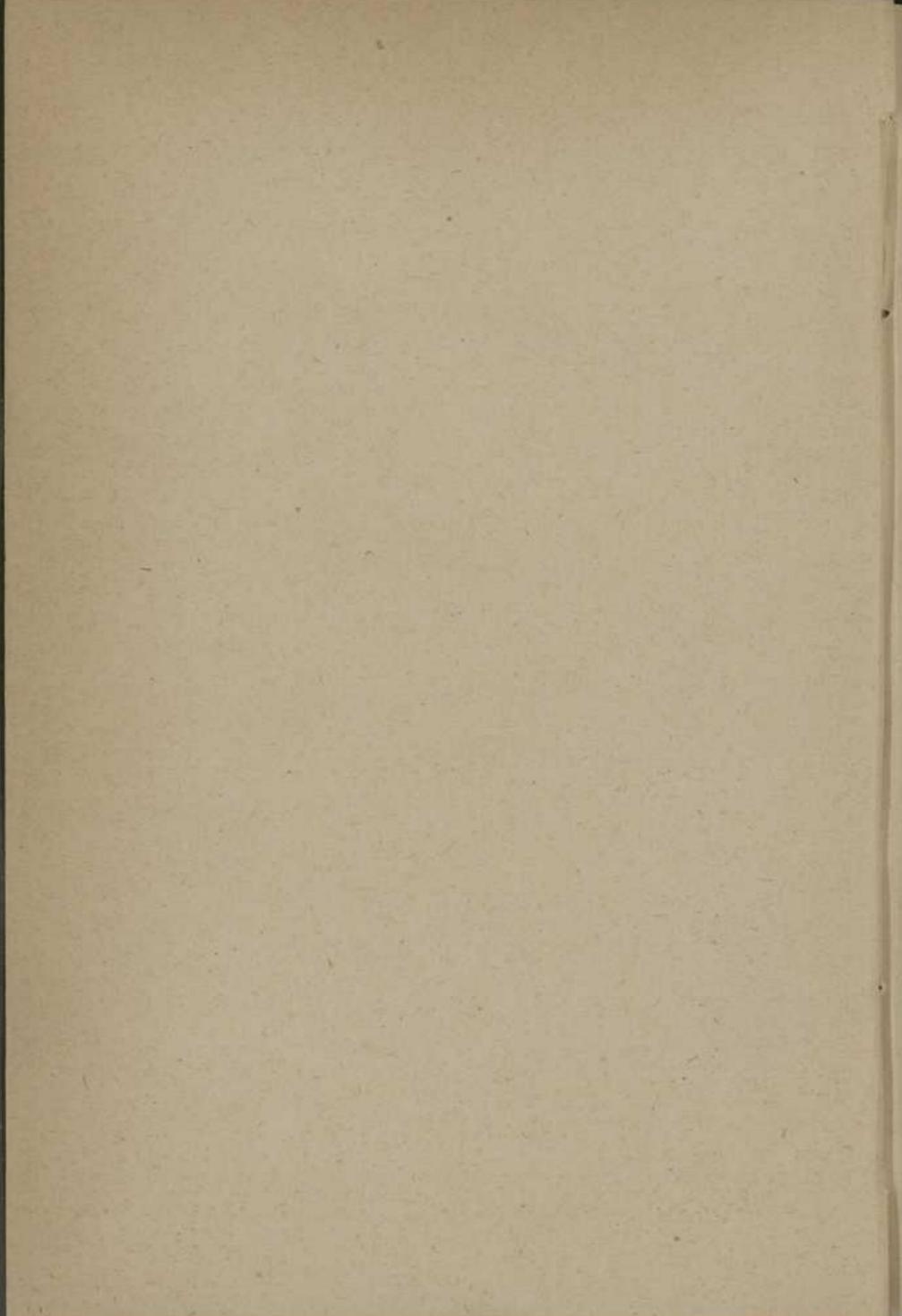
1887



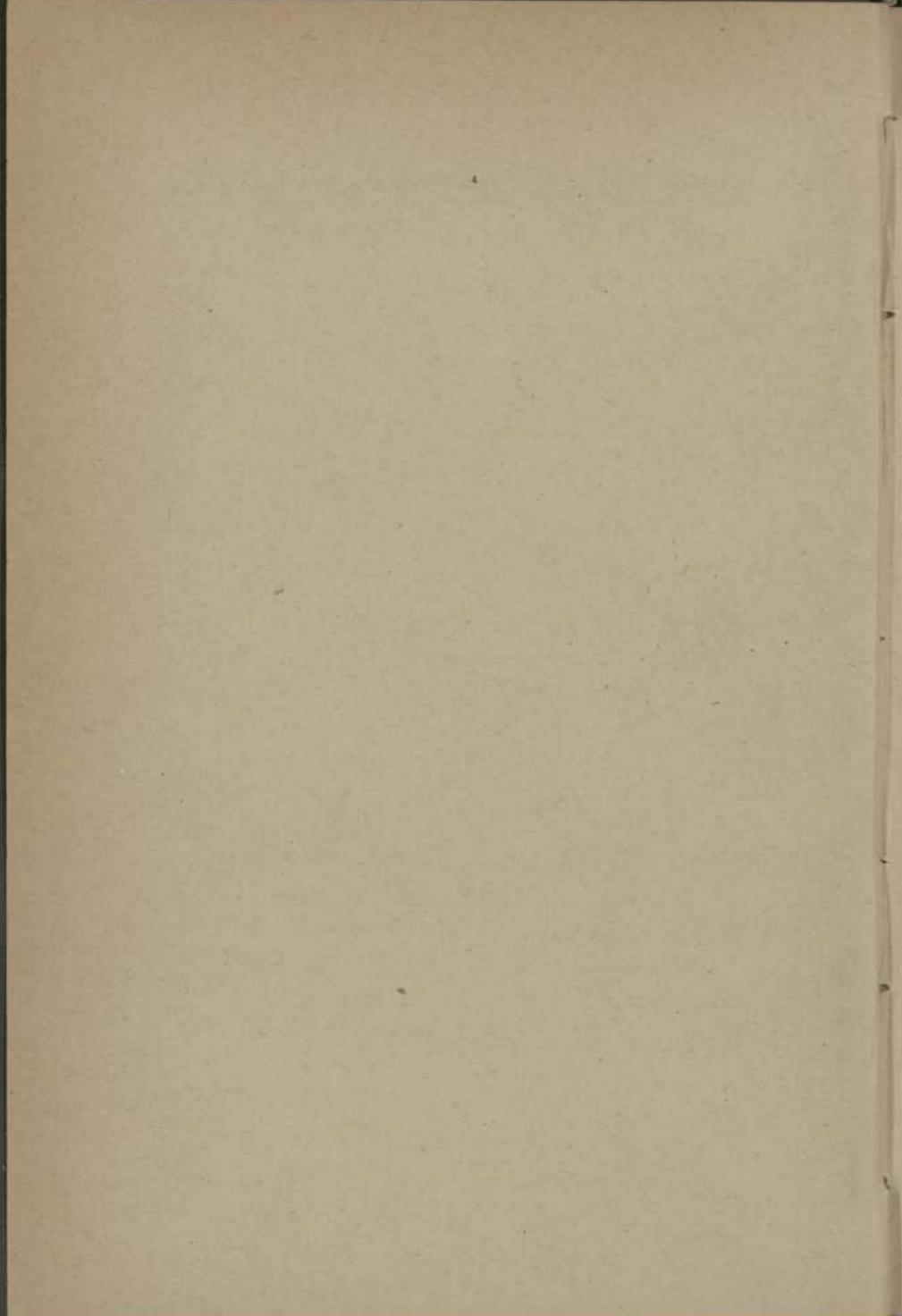
A ORTEGA MUNILLA

La mayor parte de estos artículos han sido publicados en Los Lunes de El Imparcial. Justo es, por la tanto, que te dedique esta primera serie tu antiguo y leal amigo que te admira

YZAGUIRRE



LA MORAL DE GUIGNOL





LA MORAL DE GUIGNOL

ALGUNOS lo habréis oído referir... Fué un suelto de crónica escandalosa escrito en ese periódico clandestino que publica verbalmente la maledicencia...

Una íntima compañera de colegio de la heroína de esta historia nos facilitó interesantes detalles.—“Vea usted—nos decía;—cuando tratamos de inquirir *algo* acerca de la conducta y de la posición de nuestros galanteadores, nos llaman calculadoras, egoistas, pérfidas; y si, por el contra-

rio, nos dejamos llevar de los impulsos del corazón, entonces el desengaño corona nuestras ilusiones. Así que, las mujeres nunca concluimos de aprender la manera de conducirnos.“



He aquí la historia.

Teresa, que era una niña hermosa, con una de esas cabecitas de las vírgenes de Murillo, cuyas trenzas rubias resplandecían como espigas calentadas por el sol, y cuyos labios, simulando una húmeda rosa entreabierto, en cada sonrisa dejaban huir un suspiro, á esa edad difícil que media entre la niña y la mujer, bajaba todas las tardes al Prado en compañía de la *gubernante* francesa, persona reconocidísima y digna, merced á cuya bien sentada reputación la ma-

dre de Teresa podía salir sola, pero tranquila, en su carruaje...

Era la diversión de esta niña, que contaba quince años y á quien producía ya enojos y suspiros el traje corto que le obligaban á vestir, tan insulsa como irritante: *jugar al corro*.

Cualquiera hubiese creído á primera vista que esta mujercita cándida se divertía al constituir una figura saliente en aquel círculo de ángeles, de cinco á doce años, entre cuyas alegrías retozonas destacábase la seriedad dulcísima de Teresa.—Desconocen muchos padres que esas pequeñas mujeres suspiran al representar la farsa de *niñas de corto* á que interesadamente las sujetan, como se avergüenzan esos mozalvetes serios y espigados que van en colegial procesión á paseo, formando las últimas notas de una escala de escolapios; jellos, con el pantalón de franja dorada á media pierna y el aire beatífico,

capaces ya de enloquecer un corazón femenino ó de tomar una trinchera! Reminiscencias de preocupaciones antiguas son éstas, que aún nos enseñan lo que debieron ser aquellas costumbres que, agigantadas por lo lejanas, juzgamos patriarcales, y empedañecidas por el examen, parécennos risibles.

*
* *

En aquellas tardes estivales, ya entre dos luces, Teresa, con algunas amiguitas, preferente puesto adquiriría en los mejores bancos del teatro Guignol.

Era aquel un espectáculo ridículo para la encendida imaginación y la exquisita sensibilidad que á Teresa caracterizaban.

Junto á ella, guardando la prudente distancia, tomaba detrás asiento

un *pollo elegantito*, según la frase del aya de Teresa; seguidor perpetuo de la niña, mozo esbelto y grave, de ojos de fuego, de romántico aspecto, y que perseguía á la cándida paloma con las apariencias medrosas del milanés.

*
**

En tanto, Teresa elevaba los ojos al firmamento, tan azul como sus pupilas, fascinada por las moribundas estrellas, colocadas á manera de lentejuelas en el manto de una Virgen. Algunas candilejas de aceite, alumbrando—hasta cierto punto—el espacio comprendido por las empalizadas del local, contrastaban con la cenicienta claridad de la luna; y diríase que era aquel un redil de ovejuelas, que tal eran de inocentes los pequeños espectadores, cuyos ojos desme-

suradamente abiertos, hallábanse fijos en el diminuto escenario, allá en desproporcionada altura colocado, mientras absorta la curiosidad de ese público que jamás silba, marchaba á su desenlace la acción de la comedia de monigotes.

Es preciso decirlo todo. El teatro representaba el interior de una barbería. *Chisgarabís* era un barbero muy malo, casado con una mujer muy buena. Profesaba decidido culto al dios Baco. Celoso sin fundamento de su cónyuge, cuando regresaba al hogar doméstico rendido por las libaciones, cogía la ruidosa estaca, aquella estaca indispensable para los grandes éxitos del Guignol, y descargaba sobre la cabeza de la inocente esposa una serie no interrumpida de testarazos...

¡Era aquello un espectáculo espe-luznante!

A partir de aquel momento, como dicen los novelistas, Teresa concibió

un verdadero y legítimo horror hacia los barberos...

¡Ah! Era el natural producto de las enseñanzas del *polichinelismo*.



Fué necesario vestir á Teresa *de largo*.

La niña habíase convertido en una mujer espiritual.

Pero la madre de Teresa continuaba teniendo razones y caprichos para no convenirle la compañía de aquella lánguida señorita.

Se corrieron las órdenes terminantes á fin de que el aya acompañase á la niña los días de fiesta á los Jardines del Buen Retiro.

Llegó el primer domingo suspirado.

La *dueña de extrangis*, Teresa, y el *pollo elegantito*—siempre á respetuosa

distancia de la obligada pareja—tomaron esta vez asiento en las últimas sillas del teatro en el Buen Retiro.

—¡Ah! ¡esto es un teatro Guignol!
—se dijo entonces mentalmente la niña.

Y con efecto, todo aquel extraño conjunto de árboles y luces, el escenario á lo lejos, los actores empequeñecidos por la distancia, la voz que llega de ellos debilitada por el ruido y el espacio, aseméjalo á uno de esos teatros infantiles.

Los árboles inmóviles que rodean la explanada, con ese colorido que les presta la luz eléctrica, parecen allí dibujados sobre lienzos invisibles. Aquellas aéreas guirnaldas de bombitas encendidas, centelleando con múltiples reflejos, como perlas miradas á través de potentes cristales, cuentas del rosario de amores de los que por ellos suspiran; aquel cielo semeiante á una inmensa bóveda de

papel negro; la tibia atmósfera de la noche que impulsa el alma á la melancolía, todo esto pesaba sobre la imaginación de la niña con apenadora insistencia...

Allí, los amores se adelantan con la velocidad de una bola sobre un plano inclinado.

Allí supo Teresa que el *joven elegante* se llamaba Arturo.

*
* * *

Trascurrieron algunos días.

Empezaron á sentirse en las arboledas de los jardinillos esas ráfagas húmedas que anuncian el otoño.

Con ellas se desorientan los enamorados. Son fuerzas que se dispersan hasta que los espectáculos del invierno vuelven á reunirlos. Tienen algo de las aves de paso.

Llegó un momento en que los amores de Teresa y Arturo señalaron los grados de ebullición con que el agua borbotea.

Se cambiaron flores y recuerdos.

Un rizo, un dorado rizo de Teresa fué reclamado por Arturo entre juramentos.



Cierta mañana salió la niña furtivamente de su hogar, acompañada de una doncella de confianza.

¡Pero no se alarmen nuestros lectores!

El rapto, el verdadero rapto se había concertado para de allí á pocos días.

La enamorada polluela iba en busca de un curioso industrial que hiciera de aquel rizo anhelado, símbolo del amor

de dos almas inocentes, una primorosa sortija.

No hay para qué decir cuál sería el destino de aquel objeto.

Entró Teresa en la primera peluquería que halló cerca de su casa.

Un viejo, colorado y cachazudo, escuchó con atención picaresca los detalles con que la joven solicitaba la confección de aquel trabajo.

—¡Ah! pierda usted cuidado, señorita—repuso el industrial.—No falta en la casa dependiente que sepa hacerlo.

—¡Muchacho!—gritó con toda la fuerza de sus pulmones—¡muchacho! á ver si vienes pronto y sabes cumplir con el oficio que te he enseñado...

Un mancebo, en mangas de camisa y arrastrando las chinelas, presentóse en el dintel interior de la tienda.

¡Aquel mancebo... era Arturo!

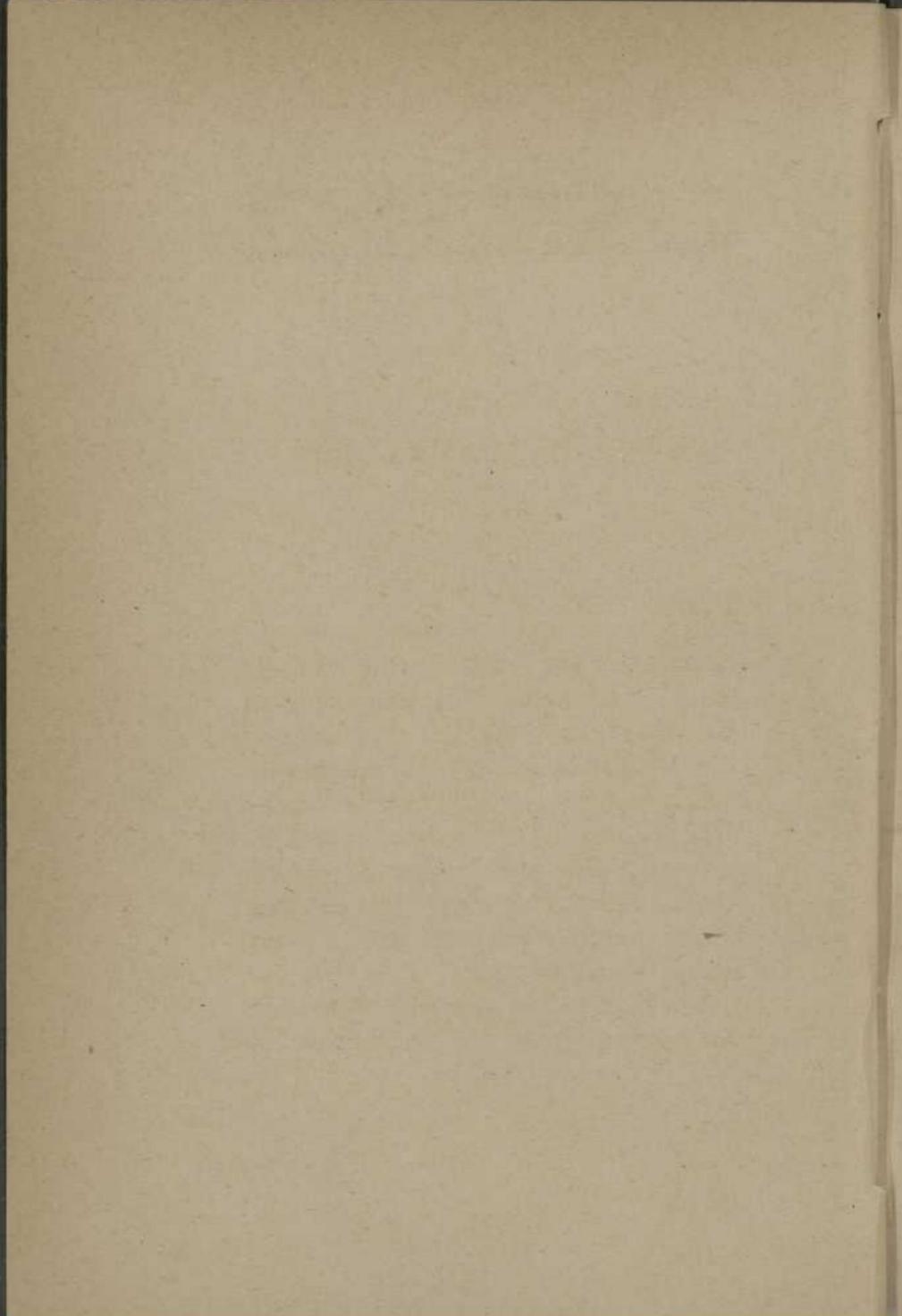
*
**

El rapto fué imposible. El amor de Teresa se desvaneció, porque ella odiaba á los barberos.

¡La estaca de *Chisgarabís* había sido el dedo salvador de la Providencia!



LA VARITA DE NARDOS





LA VARITA DE NARDOS

HAY en las crónicas madrileñas, con ser tan ávida la curiosidad de este pueblo cortesano, sucesos que pasan inadvertidos, que apenas trascienden á esos círculos murmuradores de nuestra bullanguera sociedad, y que si algo dejan en el mundo de la *vis cómica* y de los escándalos de suerte, es así como un eco confuso que hemos creído escuchar, pero que no hemos escuchado.

Era el mes de Setiembre, el mes de los trastos viejos, de los tenderetes

contusos que tanto odian los inválidos, mirando obstruída la rampa de Atocha, paseo exclusivo por donde suelen tranquilamente arrastrar la inmarcesible pierna de palo.

*
* *

Adelita, la mamá y el perro, uno de esos *bull-dog* hoy en boga, descendían por la Carrera de San Jerónimo, llamando la atención, como suele decirse. Adelita era una morenilla de talle frágil, con ojos de centella, de sonrisa medio triste, medio alegre, que taconeaba con *gracia*, y que, rondando sus miradas por el espacio, parecía que provocaban la comparación con el cielo. Tenía en el semblante marcado el cansancio del ángel caído.

Pablo, que iba delante, se dijo:— aquí viene una mujer bonita—y volvió la cabeza bajo el dominio de una

ilusión que nace.—De las pupilas de la joven brotaron dos llamas aceradas, que yendo á converger en un punto, se escurrieron como una espada invisible en el corazón de nuestro desocupado.

Era éste uno de tantos de esos que se aburren en fuerza de tener mucho dinero.—Matemos el tiempo—pensó, y púsose en seguimiento de Adelita.

Todos los grandes dramas empiezan necesariamente de la manera más tonta...

*
* *

Comenzaron los arpeggios de la sinfonía del amor, toda esa serie de tonterías que sin gran violencia ponen en juego los hombres y llaman las mujeres *las pruebas de cariño*.

Pablo paseaba de noche la calle de la niña, mirando los balcones de su escondida esperanza, leyendo en los re-

flejos de los cristales su infortunio; centinela de honor de unas cuantas macetas de verbenas y dondiegos; jugando á las ilusiones cada vez que una ráfaga de aire arrugaba los visillos, y lanzando suspiros á las narices de los transeuntes.

Adelita aparecía algunas veces, algunas noches, en la jamba oscura del balcón, cuya penumbra, desvaneciéndose á intervalos, hería la vista y el alma de Pablo. Momentos para él solemnes, de abstracciones místicas, en los cuales parecía volar su espíritu aleteando por una atmósfera de promesas que cruzaban con vertiginosa rapidez.

Y al trascurrir el plazo prudente de aquellos éxtasis amorosos, ella murmuraba ligeramente un *buenas noches* que descendía con lentitud adormecedora por el espacio, como detenido por la leda emanación de la noche en brazos de ángeles. Ritmo de consuelo

que perdiase en las oscuridades del corazón de Pablo.

A veces, muy pocas veces, Adela lanzaba á la calle un rollito de papel blanco, á modo de paloma mensajera conduciendo su oliva á la nave sin rumbo en donde vogaba el espíritu de Pablo, y dentro de aquel rollo, el enamorado descubría un encendido clavel, con el cual imaginábase contemplando muchas cosas bonitas, y sobre todas, los labios coralinos de Adela.

En otras ocasiones, cuando la tempestad se complacía en poner como chupa de dómine al impávido rondador, sin importunarle los canales, elevaba hacia los balcones sus ojos inmóviles, y cuando la blanca luz del relámpago con claridades celestes recababa la figura de Adela, en aquella silueta de mujer veía la aparición de un arcángel.

*
* *

Pablo, recorriendo el real de la feria en pos de Adelita, á manera de *jockey* respetuoso, admiraba los juguetes que eran del agrado de ella. Observando las cocinillas económicas para *bebés*, dirigía todo su pensamiento hacia el futuro nido de sus amores. Los zímbanos y las escopetas hacíanle soñar en un vástago con cabellos de estopa, semejantes á los de aquellas sanas muñecas de mofletes como acerolas.

En una tarde de estas, Adela, á falta de claveles, concedió al rendido *magyar* una varita de nardos, y Pablo desde aquel instante se tuvo por el hombre más dichoso de la tierra.

Acostóse, pues, aquella noche desconocido y trasformado por la felicidad, cuando ante el espejo de su conciencia vió la sonrisa de su alma, y parecióle la vida ancho lindero poblado de pájaros y rosas; instantes serenos en los cuales se consideraba pre-

dispuesto á hacer todo el bien posible, á perdonar á todo el mundo, flotando su espíritu en alas del amor.

Busca el hombre la soledad en las grandes tristezas y en las grandes alegrías; y así, Pablo, comunicándose en su cuarto, después de colocar en el esmerilado *verre d'eau* la varita de nardos—verdadera varita de virtudes de las magias de su imaginación—quedóse profundamente dormido. Y como era natural, la imagen de *ella*, si bien estaba cerrado el dormitorio, franqueó las rendijas de las puertas como un remedo de la aurora, envuelta entre gasas centelleantes que caían perfumando los átomos, cual volcada regadera de polvos de oro. Pablo, tras de aquellos ojos negros, que eran visibles entonces porque eran más negros que la profunda oscuridad de la noche, miraba el alma purísima de Adela, alma de niño, como una visión celeste que tra-

jese la paz al espíritu de un asceta.

En tanto, como durante la noche el aroma de los nardos se hace mucho más intenso, la varita con sus exhalaciones envenenaba la atmósfera. La respiración de Pablo se hizo cada vez más difícil; sus sienas latieron con violencia, sus párpados se amorataron, y la fiebre, al par que avanzaban por el vacío aquellas olas de perfume, corría á su vez ennegreciendo la sangre de nuestro soñador y despertando ruidos extraños en su cerebro.

Ante la vista de Pablo apareció entonces el pequeño camarín del entre-suelo de Fornos; la araña encendida y sofocante; abierto el piano; cubierta aún la mesa con los restos del festín; las mantillas revueltas con los bastones, como banderas negras de la guerra del amor; rotos los abanicos, á guisa de convenios rasgados de la paz, y en un ángulo de este prestado regazo de amores luctuosos, *allí*, la

encantadora Adelita, sentada con indolencia al lado de un polluelo de aire impertinente, ocultando sus rizos bajo la solapa del frac de aquel nuevo don Félix y enfrente de algunas amigas y otros tantos Montemares.



Levantóse la mañana fresca y alegre, entornó sus ojos de luminarias, elevando su oración con el canto de las aves; y al mismo tiempo Laura, que era una linda viudita de veinticinco años, levantóse también, y con cautelosa curiosidad fué á inquirir si la pasada noche había dormido en casa el huésped predilecto.

—¡Jesús!—exclamó Laura entrando en la alcoba de Pablo—¡qué exagerado olor de esencias! ¡Aquí se asfixia una!

Y sin más preámbulos, con una seguridad equívoca, abrió de par en par las vidrieras del balcón. Al quedar éstas franqueadas, tropezáronse en el dintel las brisas refrigerantes del día con las ráfagas olorosas de la noche, y unas por entrar y otras por salir, se arremolinaron, se abrazaron y salieron á la calle en violento empuje; atraída por el cual, una mariposa, figurándose acaso que algún jardín se hallaba próximo, penetró resueltamente en el dormitorio y fué á posarse revoloteando en la varita de nardos que respiraba junto á la cabecera del lecho.

*
**

El amor con los celos se extingue ó adquiere alarmantes proporciones.

Pablo, previo el examen de conciencia que hace todo pecador resuel-

to á cargar con la cruz del matrimonio, pidió la mano de Adelita.

Vino la prosa de los amantes: el arreglo de papeles y la adquisición de multitud de baratijas.

Laura, con la abrumadora sutileza que distingue á las patronas *agradables*, supuso que el huésped se hallaba amenazado de algún riesgo.....

Dos días antes del elegido para los esponsales, Pablo recibió un paquete de cartas acompañado de otra anónima y adornada con este membrete: *Veloz-Club*. Decía así:

„Hemos creído caso de honor proporcionararte las adjuntas colecciones de enamoradas misivas, todas de puño y letra de la mujer que ha de llevar tu nombre.

„Adela sería una muchacha adorable si no alardeara tanto de haber arruinado á varios amigos. Declaramos solemnemente que posee una boquita de rosas y azahares; pero que,

por desgracia, no cesa de pedir hoteles, abonos y *vitorys*. Esto en París sería de buen tono; pero aquí en este poblacho, no hacen fortuna las *entretentes*.—Pablo, sé hombre.

“P. D. Hoy ha recibido Adela un traslado de esta carta.”

*
* *

Al ver la expresión indefinible de la cara de aquel *viador*, teológicamente hablando, un médico alienista se hubiera de fijo sobrecogido. Se dice que no puede resignarse á perder la felicidad el que consigue vislumbrar la manera como sonríe.... Es un pájaro de luz, de condición errabunda, que al primer descuido del dueño bate sus alas de esmeraldas y huye dejando el corazón en tinieblas.

Llegó á la esquina del Suizo en el

momento en que por allí cruzaba un elegante *breack* arrastrado por briosos caballos. El carruaje lo ocupaban varios elegantes y dos mujeres hermosas. Pablo se quedó mirando, como el que ve visiones, aquel grupo venturoso de *damas y galanes*. Uno de ellos llamó la atención á una de ellas, que volvió la cabeza hacia Pablo, le miró sonriendo con una de aquellas sonrisas que hacían estremecer á Werther, y después, Adelita—porque era Adelita—lanzó una carcajada.....

Y el *breack* siguió rodando hasta perderse á lo lejos.

*
**

A la mañana siguiente dióse parte al juzgado de que, próximo al tapial exterior del Retiro, se hallaba un hombre muerto.

Veíase hundido el cadáver, á falta

de cama imperial, en un musgo viscoso y rizado, que desprendiéndose durante la madrugada del peso de aquel cuerpo, había ido con el estilo de la araña dibujando el contorno, hasta tejer sobre la frente ensangrentada algo como un despojo de corona fúnebre, como entrelazado de cintas verdes. Por su parte, la escarcha no se había descuidado tampoco en hacerle un sudario blanquecino; y á falta también de hachones, un rayo de sol calentaba aquellos entornados párpados de cera.

En cuanto se constituyó en el sitio de la *ocurrencia* la autoridad competente, dispuso, después de averiguado el nombre y el domicilio del *detenido*, merced á una tarjeta hallada en la cartera de la levita, que un agente del juzgado fuese á prevenir la catástrofe cerca de la familia, si la hubiere.

*
* *

Laura, cuando supo la muerte de Pablo, hallóse dispuesta á desmayarse; pero, alma enérgica al fin, pudo sobreponerse á las circunstancias, y exclamó sollozando:

—¡No podía suceder de otra manera! ¡Créame usted; ese caballero gastaba demasiado!

A cambio de la injusticia con que Laura trataba al huésped, considerándolo incapaz de matarse por amor, le hacía la justicia de llamarle *caballero*.

Entretanto el juez instructor extendía junto al cadáver las primeras diligencias, habiendo recogido una pistola descargada cerca de la mano derecha de Pablo; y si bien no se halló ningún escrito, podía admitirse la fundada sospecha de que aquello era un suicidio.

—¡Este Madrid es un foco de corrupción, señor de Cuervo!—murmuraba el juez al oído del escribano.—

¡Qué apostamos á que ese infeliz ha pasado la noche en alguna casa de juego!

El representante de la ley iba aún más allá que Laura.

La idea de que el difunto fuese una víctima del amor no cabía en su mente, y por lo tanto le clasificaba como *tahur*.

Si intentáis conocer el espíritu de la época, consultad con el juez de un distrito... Todas las mañanas se levanta resignado y decidido á presenciar las artes con que la perfidia demanda á la estupidez y el descaro á la hipocresía. A su tiempo los testigos aparecen; ¡imaginaos qué testigos! Los juicios de conciliación que preside versan siempre sobre agios, débitos, falsías y especulaciones. Jamás se celebra uno entablado por la exaltación de los afectos espirituales. El tanto por ciento es el tema invariable sobre el cual disertan los *hom-*

bres buenos, que por reciente disposición ya no hacen falta...

Quedóse el juez de hito en hito escudriñando aquel cuadro de la humana locura, y de repente se puso de rodillas y levantó el brazo izquierdo del cadáver. Diríase que la justicia demandaba perdón al muerto. La rígida mano de éste apretaba una especie de mimbreseco y amarillento, como de dos cuartas de largo.

—Vea usted qué extraño detalle, señor de Cuervo—dijo el juez con plausible conmoción.—Este desventurado, en las ansias de la muerte se ha cogido á uno de estos espinos, y mire usted...

Estrechóse entonces el corro de curiosos que se había ido formando alrededor de la autoridad.

—Con efecto—repuso el escribano, —¡qué triste incidental! Pero á lo que entiendo, esto, más que un fresnillo, me parece que es...

—¿Un canuto de retama?—observó el juez.

—Tampoco. Es... es...

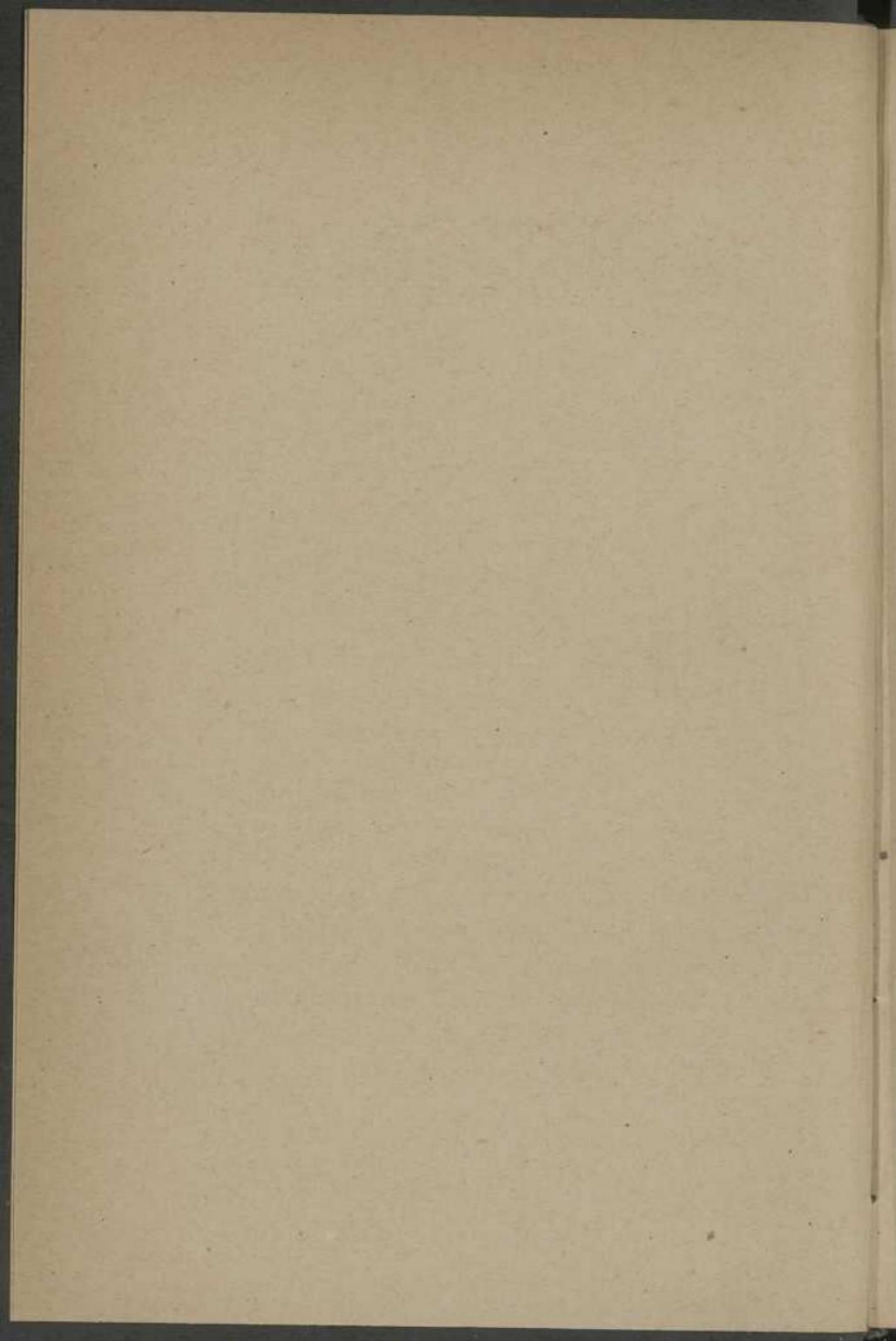
—No dará usted con el vocablo.

Y una muchacha del pueblo, de diez y ocho á veinte años, limpia como un armiño, rubia como una mazorca, y que por entre las pupilas azules y los párpados lucía el blanco de sus ojos, alejóse del círculo murmurando:

—Es... *¡una varita de nardos!*



LA CAJA DE JUGUETES





LA CAJA DE JUGUETES

LEGÓ el penoso trance de la partida. Lola se abrazó llorando á su esposo, mientras éste besaba delirante á los niños, dos querubines pequeñuelos de mejillas de amapola, con unos ojos rasgados y azules y unas rubias guedejas ensortijadas. Era aquel un cuadro patético que hacía derramar gruesas lágrimas al asistente.

Dos meses antes, Carlos, paseándose por el cuarto de banderas, se había recitado este monólogo:

—¡Es cosa resuelta!... La guerra se ha hecho para los militares. Yo tengo treinta años y el grado de comandante. Por mal que la cosa se presente, dentro de algunos meses vuelvo con dos galones dorados en las boca-mangas y el mando de un batallón de cazadores. ¡Pobre Lola!... Señal es de que toca la guerra á su término cuando se recrudece... Estoy atrasado en mi carrera. Convengo en que el porvenir no me inquieta por Pepito: cuando cumpla la edad reglamentaria puede ser caballero cadete, como ha sido su padre... y su abuelo!... ¡Pero esa niña! Una mujer sin dote es como un oficial de reemplazo. Al menos, cuando el padre ha conquistado una verdadera posición, á la sombra de éste... ¡Nada! Es fuerza que mi pequeña Flora, ese diablillo adorable que promete ser una rubia espiritual, encuentre á su debido tiempo un buen esposo, que no

sea como su padre simple capitán...

—Supongamos, y esta es la peor suposición, que recibo un golpe desgraciado. A los ojos de Dios será siempre meritorio sacrificar la vida por un angelito. ¡Diablo! No me hace gracia la idea... Cada vez que me mira con aquellos ojazos de cielo y me sonríe con aquella boquita de fresca, creo que se burla porque soy capitán y me pide un sombrero de raso blanco con plumas de colibrí, como el que llevaba esa chicuela verdosa del coronel el domingo pasado... ¡Caramba! Ahora mismo voy a escribir la exposición solicitando de voluntario el pase á campaña...

*
**

Y la madre y los niños se quedaron solos, presos de mortal melancolía, en una oscura ciudad de segundo orden, dentro de un destartado ca-

serón viejo, sobre cuya puerta de entrada, bajo el plafón de la cornisa, veíase un enorme escudo heráldico y á cada uno de los lados de la puerta unas rejas cuadradas y salientes. Fué un tiempo palacio aquel del tribunal del Santo Oficio, al decir de la tradición, y reinaban allí ese frío uniforme de las ruinas, esos rumores inalterables de las viviendas inhabitadas y esas herrumbres de los parajes húmedos. La fachada posterior de este edificio constituía una de las cuatro líneas de un extenso patio cuadrado, con un alto pozo en el centro, un parral en forma de pórtico en un ángulo y un macetón de mampostería en el muro frontero á la casa, sembrado de campanillas de colores. Allí, á la caída de la tarde, cuando el sol hiriendo las anchas hojas de la parra envolvía en una lluvia de esmeraldas los contornos del zaguán, Flora y Pepito con algunos niños daban ex-

pansión á sus locos regocijos. Solía Flora acercar una maceta vuelta al brocal del pozo, encaramándose allí, entre asustada y burlona, para interpelar á ese duendecillo misterioso que *reside* en el fondo del agua, y cuando pronunciaba una frase volvía la cabe-cita para no perder el último timbre del eco, y luego lanzaba una ruidosa carcajada palmoteando alegremente. En las tardes de Mayo se confunden los gritos de los niños con los trinos de los pájaros.—Y es que los pájaros tienen algo de niños y los niños mucho de pájaros.—Eran aquellas campanillas blancas, rosadas y azules, enhebradas en un largo mimbres que Flora sujetaba sobre la cabeza de Pepito y hallábale así parecido con el *hombre de piedra*, frase con la cual distinguía una estatua desmoronada de la plazoleta del pueblo.



Llegó un domingo lluvioso. El ancho patio se había convertido en alberca. Aquel escueto emparrado percibíase confusamente á través de esas extrañas cortinas que tejen el polvo y el agua. Mirando el patio por entre las nieblas de los vidrios, asemejábase á un solitario cementerio ante los helechos de los tapiales y la cruz de hierro del pozo colocado como una tumba en el centro de aquél.

Flora y Pepito habían allanado una de las habitaciones altas de la casa, que era estudio de Carlos, revuelto y desordenado todo, con la febril curiosidad de los niños; y cada vez que encontraban un objeto cualquiera, decían con vivo gozo: *esto vale para jugar*. Debe advertirse que, meses antes, Carlos, precisado á complacer á uno de sus jefes, encerrábase con éste en aquel cuarto, y convertido en profesor de táctica, explicaba sus lecciones sin grandes resultados. Para ello, y

en vista de que no era el rasgo saliente del respetable discípulo esa cualidad notoria que ha enaltecido, en *Los capitanes ilustres*, el inolvidable general San Miguel, Carlos iba alineando sobre la mesa unos doscientos soldados de plomo que, á su voz, maniobraban en el tablero como un pelotón de reclutas en campo raso; y cuando por complacencias péfidas del destino el apurado jefe disponía ciertos movimientos tácticos y la cosa se embrollaba, un puñetazo formidable de éste, como si hubiera caído una bomba sobre los infelices soldados, hacía saltar á todos aquellos héroes de fusible y venenosa condición.

*
* *

Siguiendo los niños la tarea de sus incautaciones, ¡oh indescriptible sor-

presa! hallaron en los tableros de una arqueológica taquilla y bajo un cúmulo de legajos y mamotretos, la caja de soldados, aquella caja que causaba la desesperación del jefe de Carlos y que constituía un verdadero sueño de color de rosa para los dos ángeles... ¡Con qué gritos, con cuántas risas, y con qué palmoteos fué celebrado este descubrimiento prodigioso! Hablaban balbucientes á un tiempo. Sus ojos parecían gusanillos de luz. Era el paroxismo de la alegría en toda su peligrosa manifestación.

Flora, pasados los primeros instantes, se quedó muda con las manos extendidas hacia *la caja de juguetes*, contemplando fijamente á su hermano, como quien demanda apoyo moral al sentirse desfallecer... Pepito supo imponerse á las circunstancias. Dirigió una mirada varonil á Flora, acercóse á la caja dominando su emoción, la cogió con ambas ma-

nos, y sentándose en el suelo dijo resueltamente:

—Vamos á jugar.



El regimiento de Carlos había combatido con denuedo en las primeras avanzadas del ejército. Hallábase el campo cubierto de cadáveres. Ya la noche extendía sus sombras y aún multitud de heridos quedaban por recoger. Un sargento de Albuera, encargado de una ambulancia, encontró en las manos crispadas del capitán un papel que decía:

“Mi querido papá: desde que te has marchado rezo al acostarme por ti. Estoy muy triste porque no puedo besarte todas las mañanas; pero confío en que Dios te conservará la salud y volverás pronto para darme muchos

besos. Ahora soy muy buena para resarcir un poco á mamá de lo que sufre con tu ausencia. Pepito dice que se aplica para poder escribirte.—Adiós, idolatrado papá; te besa tiernamente tu hija que te ama.—Flora.“



En tanto que una mañana alegre y hermosa la madre con mortal impaciencia esperaba el correo, los niños, bajo el tupido emparrado, disponían en largas hileras los reclutas de plomo, que una rúbea cinta de luz, rompiendo por entre los intersticios de las hojas, envolvía en cambiantes irisados y resplandecientes. Ningún juguete había merecido jamás las amorosas atenciones que al hallazgo se prodigaban, por ser aquella caja de papá, según decían los pequeñuelos.

Pepito propuso que se diera una batalla. Acogió Flora la idea con entusiasmo. Dividiéronse los beligerantes en dos porciones iguales, y tomaron el mando los niños de cada uno de los cuerpos de ejército. Una figurilla con espada en mano é insignias de comandante pasó á las inmediatas órdenes de Flora.

—Este será papá—dijo la niña.

—Bueno. Este será otro general—repuso Pepito eligiendo un especie de *confalonier* pintado.

—Ahora suena la corneta. Tú hacías como que eras cobarde, y luego se acercaban todos los soldados... Este manda más... y va y le dice...

—¡Talará, talará! ¡Tú no me matabas á los míos, eso no!—decía Pepito.—Primero iban cayendo algunos muertos, y sonaban muchos tiros, pim, pam, y luego tú corrías, y después, cataplum, sonaba una descarga...

—Bien; pero papá nunca era cobarde—añadía Flora.

—¡Marchen! ¡Fuego! ¡Paso redoblado!—gritaba Pepito.

Extendióse el combate por toda la línea. El muchado defendía su puesto como si hubiese heredado el bélico ardor... La rubita, por su parte, no se olvidaba de que aquel muñeco que tenía en la mano derecha era su papá, y, por consiguiente, se entusiasmaba de lo lindo.

Sucedió una catástrofe inevitable.

—¡Papá puede más, papá puede más!—decía angustiada Flora.—¡Eso no vale!—Pero el generalísimo del otro bando ya no atendía á razones. Iba derribando á sopapos los soldados de Flora, y reía á carcajadas ante la situación apurada de la niña, predispuesta á llorar dado el barbarismo de su hermano.

Una chispa de cólera relampagueó en sus ojos azules. Apretó con ira al

capitán de plomo que no había soltado de la mano, se puso de rodillas en el suelo y repartiendo sendos testarazos declaró en dispersión las huestes enemigas.

—¡Jesús! Has muerto á papá—exclamó Pepito.

Con efecto. La niña, cegada por el calor de la refriega, había partido en dos mitades la predilecta figurilla.

Flora quedóse contemplando el desastre pálida y con la boca abierta.

Después se cubrió la cara con sus manitas y rompió en un llanto ruidoso y desconsolador.

Ante aquel inesperado desenlace, Pepito echó á correr para eludir toda responsabilidad.

*
* *

Lola acababa de recibir la tremenda noticia. Hallábase en una ancha y

oscura sala del piso superior, rodeada de varias amigas, con el espanto en el alma y el frío de la muerte en el corazón, viendo surgir en las sombras, como fantasmas del sueño, todos los recuerdos de sus floridos amores.—Aquella primera cita á la luz de la luna y aquel último beso en torno de sus hijos. La reja de sus esperanzas de niña y el altar de sus juramentos de esposa. Las furtivas miradas en el pórtico de la iglesia, los suspiros cambiados bajo el perfume de los azahares de Andalucía, los celos fingidos al resplandor de las verbenas, los billetes que aportaban quejas y flores, los castillos de oro del porvenir de los niños edificados por ambos en las veladas del invierno, todo pasaba ante su vista entre nubes de eterno dolor y soledad...

Flora, en aquel momento, llevando apretados en la mano los dos trozos del oficial partido, se acercó len-

tamente y sollozando á su madre.

Hubo un instante de imposible descripción.

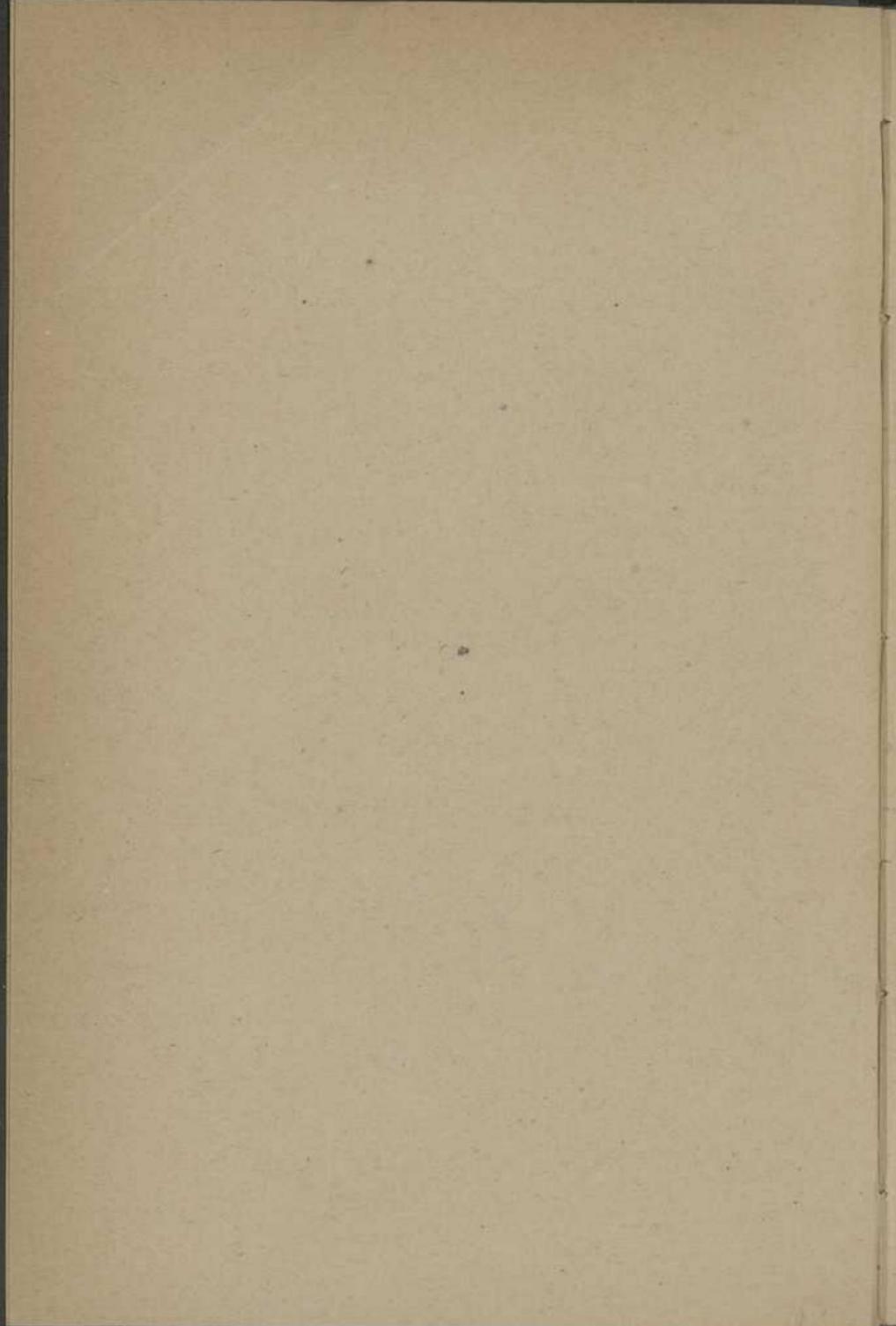
La viuda cogió á su pequeña arrebatadamente, la sentó en sus rodillas, dejó escapar un grito de agonía, y cubriendo el espantado rostro de Flora de lágrimas y besos, exclamó delirante:

—¡Hija, hija de mi alma! ¡Ya no tienes padre!

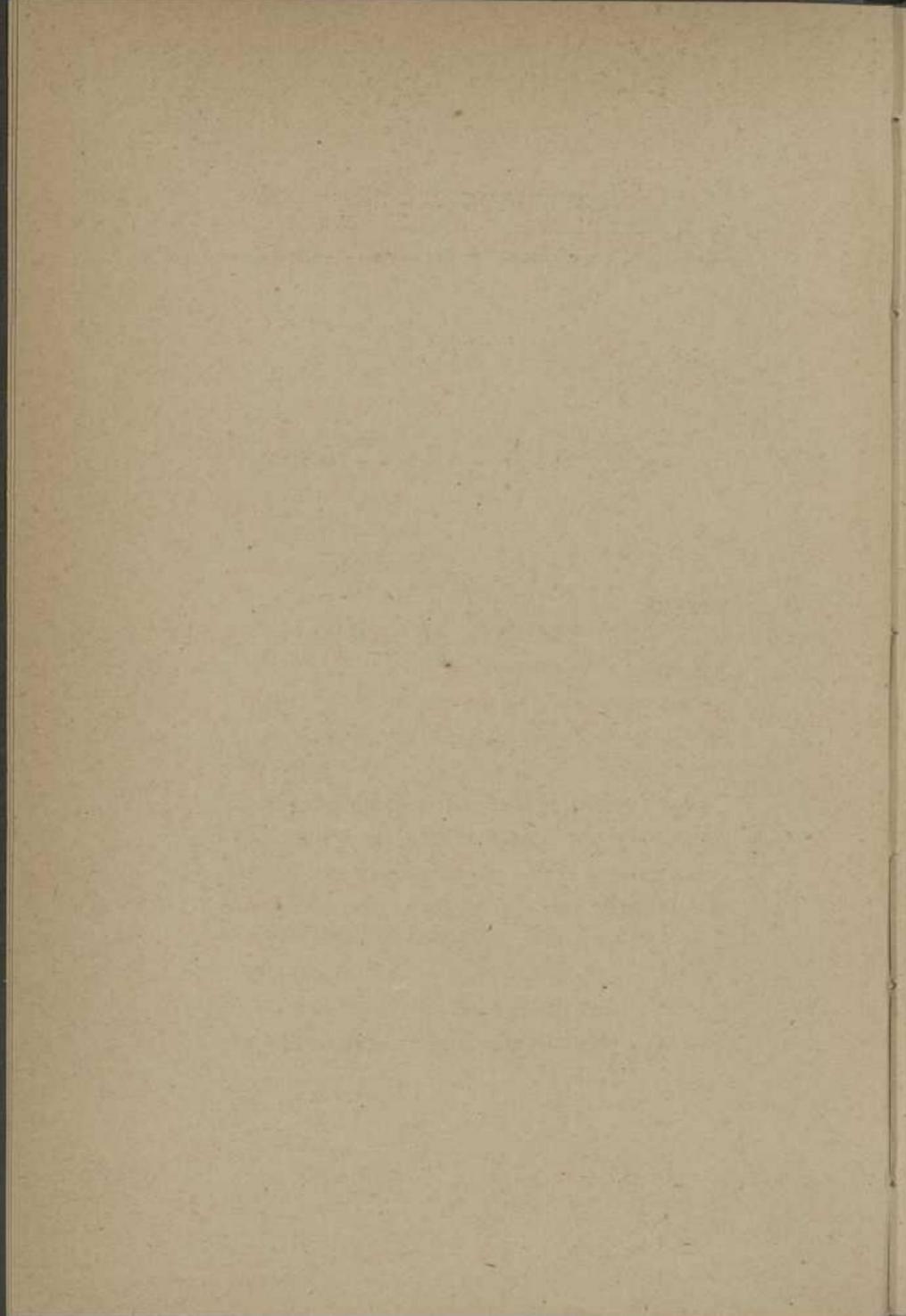
La niña rodeó con sus bracitos desnudos el cuello de su madre, cobijóse en su pecho, y dijo llorando y gimiendo:

—¡Ay, mamita mía! ¡Sí, sí! Yo he matado á mi padre... ¡Pero no volveré á hacerlo más!





LA ISLA DE LOS SUEÑOS





LA ISLA DE LOS SUEÑOS

SE había lanzado al mar Juan de Dios como un loco; es decir, había tomado pasaje en la brik-barca *Desconsuelo*, de la bahía de Willemstadt, con rumbo á Baltimore. Huía de la sociedad como pudiera huir de una casa de orates un hombre con la demencia incipiente. Le espantaba el suicidio acariciado por él durante largas noches; y la causa y el peligro del suicidio veíalos en la misma sociedad, que odiaba con un rencor salvaje, en medio de la que había derrochado, al par

que sus millones, la savia de su naturaleza y los gérmenes de todo elevado sentimiento.

Arrojóse como un fardo en la litera de su camarote y nadie le vió subir ni una sola vez sobre cubierta. Juan de Dios, por intervalos de dos ó tres horas, se incorporaba en su lecho, y por la ventanilla circular de la cámara miraba recelosamente el oleaje á la manera como mira un ladrón por el agujero de la cerradura.

Luego dejábase caer violentamente desvanecido por los acres effluvios de la brea, la gutta-percha, el serrín y el alcohol y cerraba los ojos. Algunos sujetos contemplábanle silenciosos desde los primeros peldaños de la escalerilla del puente, y después se desvanecían como sombras tras aquella manga de luz que se precipita sobre la escotilla.

Entre la Jamaica y Haití, puesto que el pensamiento del capitán era ha-

cer la primera recalada en Cabo Tiburón, surgió de pronto, como monstruo informe que asomara la cabeza sobre las aguas, un promontorio de rocas negruzcas y acantiladas, en donde las olas saltaban culebreando por entre las hendiduras de sus picachos. De lejos parecía aquello un ataúd ribeteado de cinta blanca.

—*¡La Isla de los Sueños!*—gritó el capitán desde el entrepuente.

A la manera como asoman por sus escondrijos los ratones en cuanto sienten alejarse el ruido amedrentador, por todas partes trepaban y subían las gentes sobre cubierta.

—*¡La Isla de los Sueños!*—decían todos.

—Hay que enmendar el rumbo—repuso el capitán.—Vamos á meternos por el canal viejo de Bahama, á seguir después por los de Santareux y Nuevo de Bahama, y una vez en las corrientes del golfo (Gulf-Stream), las

aprovecharemos todo lo posible para llegar á Baltimore. ¡Atención! Todo el mundo en su puesto.

En aquel instante Juan de Dios se acercó precipitadamente al marino y le dijo:

—Capitán, tengo el propósito irrevocable de arribar á esa isla; si no queréis desembarcarme, yo iré allí á nado.

Y mostró con la mano extendida el espantable promontorio que lentamente continuaba alzándose en el mar como esas apariciones que vemos en el teatro.



Juan de Dios encontróse al poco tiempo en aquella isla que él creía desierta, ó cuando más inhospitalaria; isla de salvación para nuestro misántropo, en donde, acaso por un

armonioso enlace de providenciales designios, venían á bifurcar los *colmos* todos de las aspiraciones humanas.

Él había huído de Madrid, la capital más morigerada de todas las capitales. Él había huído descorazonado, sin esperanza de volver á la salud perdida del alma; porque como Juan de Dios aseguraba—para las cortaduras del corazón no hay tafetanes.

La Isla de los Sueños sólo es conocida de los marinos. En el alma de los hombres de mar existe la ternura de los primeros años. Son buenos pagadores, y, por lo tanto, no tienen cuentas con el diablo.

Vuelto de la sorpresa que le produjo el saber que era habitada y aun *habitabile* la isla, y como su manía reducíase á eludir todo humano trato, *aislándose* de cualquier sociedad con mayor prontitud cuanto más organi-

zada, resolvióse, antes de abandonar-la para siempre, á hacer de aquélla un ligero estudio de sus costumbres.

¡Sociedad culta, sociedad de lobos con pieles... de otros lobos!—decía con frecuencia Juan de Dios.

*
* *

Pasaron días, siguieron meses, y nuestro héroe no salía de su asombro.

Recorrió numerosos pueblos, visitó grandes comarcas, estudiando usos, costumbres, leyes, habitantes...

Y el asombro seguía cada vez en aumento.

En primer lugar, allí nadie renegaba de sus padres. Los que se habían elevado, los que por especiales circunstancias constituíanse en grandes señorones, ostentando trenes y libreas, llevaban todas las tardes á sus

papás con sus trages de paletos y cogidos de la mano á la Fuente Castellana.

No se había dado jamás el caso de que, por falta de recursos, ninguna muchacha se hubiese quedado para vestir imágenes. Los caballeros más principales recorrían la población preguntando dónde vivían las señoritas más pobres á las porteras... ¡Á las porteras, no! allí no había porteras.

Si algún magnate de dudoso abo-lengo reunía algún capital con sus ahorros—en el buen sentido de la palabra,—lejos de construir *chalets* y levantar villas de recreo, fundaba escuelas...

Á las casadas les parecían sus maridos los hombres más hermosos del mundo.

El Ministro de Hacienda era el ídolo con mayor culto reverenciado por los contribuyentes.

Ningún industrial oscuro aspiró allí

á los honores de la inmortalidad, ni se dijo nunca que atropellara la gramática de la lengua con documentos belicosos.

Cuando, por rarísimos descuidos del fisco, advertía un contribuyente que le habían señalado menor cuota de la que por derecho le alcanzaba, en el acto iba á reclamar la equitativa; primero, por patriotismo, y después, por equidad.

Los comerciantes, muy especialmente, causaron las delicias de Juan de Dios. Á todo el mundo exhibían la factura y precio de fábrica, y luego mediante el plazo en que la mercancía se hubiere detenido en la tienda, cobraban sobre aquel importe el tanto por ciento y según el monopolio convenido.

En cuanto á los dependientes, ni se rizaban el pelo ni se permitían familiaridades con las señoras...

Eran desconocidas en aquella tierra

esas *medias lunas* de linon que se llaman *polisones*; como las señoras no eran *infieles*, los enamorados sabían á qué atenerse para el día de mañana...

¿Empeñar en la isla las damas del gran mundo sus alhajas para oír á la Patti? ¡Imposible! En honor á la verdad, Juan de Dios no pudo averiguar si era esto debido á la rectitud del bello sexo, ó á que, en tan ignotos confines, jamás permitieron las autoridades á los empresarios alterar los precios.

Porque allí había autoridades.

¡Ah! Para modelo de buenas formas, no físicas, sino sociales, los agentes de Orden público de la isla...

Desconociase también el *Santo Oficio Civil*, y por lo tanto, la vía pública nadie la vió convertirse en *vía crucis* para los delincuentes; y éstos, lejos de ser apaleados en los depósitos de seguridad con el bárbaro ensañamiento con que apalean los turcos á los

judíos, acogíanse con la piadosa conmiseración que la desgracia inspira.

En punto á espectáculos, Juan de Dios no pudo menos de conmoverse...

Nadie pedía billetes gratis á los empresarios.

Los actores, personas todas muy ilustradas, distinguíanse por sus maneras... Ninguno hacía ostentación en la calle de sus trages de flamenco... Cualidad dominante en aquéllos ese exquisito talento de asimilación necesario para interpretar los diversos tipos de las distintas clases sociales, conocían varios idiomas, y en historia se hallaban algo versados...

Había allí actrices. Las que por único mérito contaban con su belleza, no hacían otros papeles que los de *Venus dormida*.

Los escritores vivían en majestuosa fraternidad. Cuando dos de ellos se encontraban en la calle, corrían atropelladamente á arrojarse uno en

los brazos de otro. Los transeuntes, llorando enternecidos, forcejeaban hasta separarlos con la sana intención de que no se deslustraran la camisa limpia. ¡Todos los escritores llevaban limpia la camisa!

.....
Si hubiéramos de referir por extenso lo que Juan de Dios vió en *La Isla de los Sueños*, este cuento sería el cuento de nunca acabar.



Nuestro cronista empezaba á reconciliarse con la humanidad.

¡*La Isla de los Sueños!*—se decía.—Paraje rodeado de nieblas en donde reinan misteriosamente la ingenuidad, el civismo, el entusiasmo, la fe, el honor, la justicia, esfinges de la moderna civilización. ¡*La Isla de los Sueños!*

región fantástica que él vió en otro tiempo. surgir en su alcoba como una aurora boreal, cuando cerraba los ojos, y á donde el adivino de las ilusiones y de las esperanzas infantiles le conducía por los aires para mostrarle la amistad sincera, el amor eterno, la recompensa del trabajo, la gloria, el porvenir.

Juan de Dios aburríase con sobrado motivo. Si prestaba dinero, se lo devolvían; si recordando sus triunfos tenorianos se permitía alguna figura retórica atrevida cerca de las damas brillantes, era cruelmente rechazado.

La monotonía de la virtud, el tedio de la moral, comenzaron de nuevo á trabajar su existencia.

—¡Ea!—se dijo.—¡Vámonos á España!

*
* *

Aquel admirable concierto de perfecciones humanas le aturdió. Su espíritu habíase educado aquí, en el mundo del progreso, combatido por tantas corrientes civilizadoras. Escuela de lucha y de continuas decepciones, el país de la realidad después de todo constituía la vida, de la única manera que puede ser vida, bajando y subiendo de la esperanza al desengaño.

Juan de Dios ahora dióse á correr por entre selvas de luces, á través de vírgenes florescencias, temeroso de vivir encerrado para siempre en el fondo de tanta paz...

Huyó de nuevo y angustiado, redoblando su carrera á medida que las tinieblas de una noche extraña iban envolviendo el espacio, fijos sus ojos en el muro taraceado de rocas afiladas que hacían pensar en la verja del infierno. Bañado por un sudor frío, con esa sed en que no se desea el agua,

con la desesperación del hombre que busca la muerte, empezó á escalar las rocas musgosas y lívidas que cerraban el paso. La entrada en *La Isla de los Sueños* es por todas partes accesible; pero la salida es muy peligrosa... Por fin, con la cara y las manos ensangrentadas y el corazón helado, logró erguirse sobre un monstruoso peñasco de aquel arrecife tartáreo, siempre en lid rencorosa con las olas... Las rocas rechazando con el pie á las olas; las olas escupiendo su saliva biliosa á las rocas.

Y á lo lejos, y en el centro de un paréntesis formado por una oleada inmensa y una nube cárdena, balanceábase en el mar la brick-barca *Desconsuelo*, como la pupila zarca de un moribundo. El capitán divisó sobre el peñasco á Juan de Dios, y al poco tiempo vióse la falúa caer al agua y bordear hacia la costa.

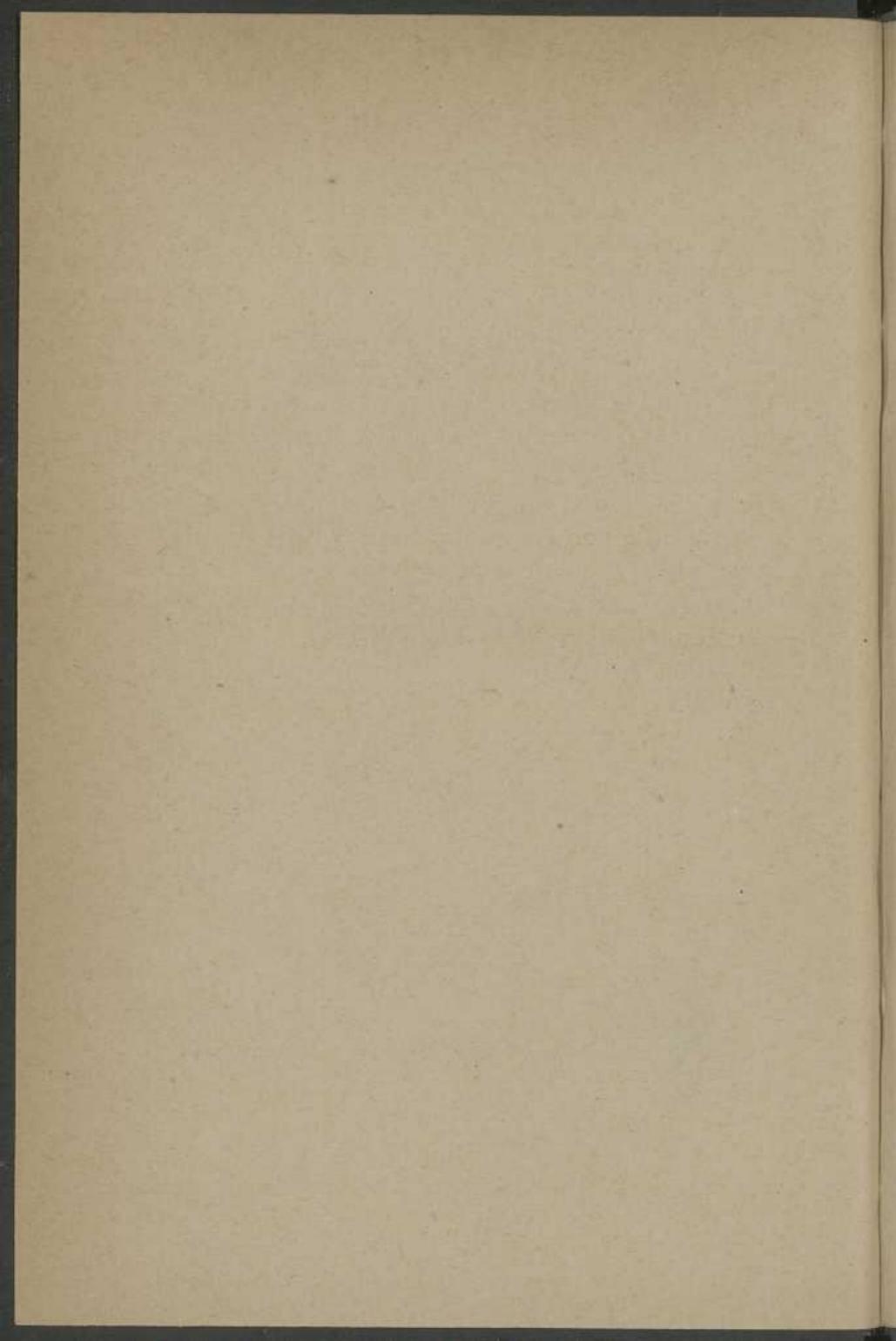
Con horrible ansiedad seguía los

movimientos del barquichuelo Juan de Dios, víctima de todas las angustias del preso fugado y perseguido.

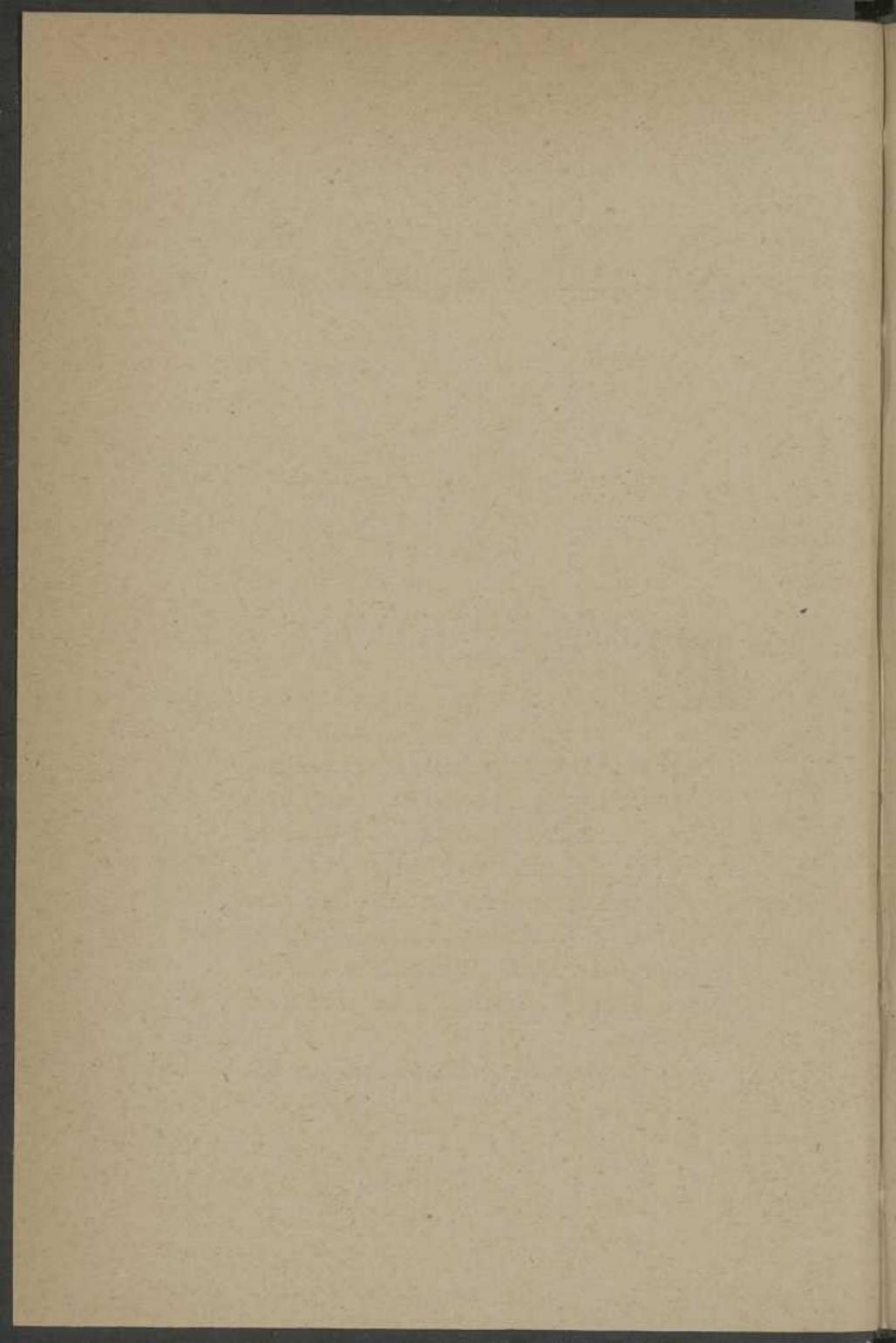
La falúa avanzaba con rapidez y sin tripulantes. Llegó violentamente junto á las rocas impelida por el viento y las olas. Después oyó el triste soñador el ruido que produce el choque del cristal contra el mármol. Abrió los ojos. Entre sombras percibió una figura de mujer que se alejaba, y una voz conocida y zalamera le dijo:

—Señorito... que se enfría el chocolate.





LA MUJER DEL VIADUCTO





LA MUJER DEL VIADUCTO

RETENDO contarlo con las mayores reservas. Algunos socios del Casino ó el Veloz, pudieran comunicaros esos detalles encendidos y apasionados que constituyen el lujo de la literatura francesa, y á los que no se les permite aún la entrada en las columnas de nuestros periódicos... Pero tened paciencia los aficionados, porque las modas, buenas ó malas, duren poco ó mucho, se imponen siempre.

Los habituales lectores de *La Co-*

rrespondencia de España recordarán el suelto... Para el caso el estilo es lo de menos... Aquellas cuantas líneas del diario noticiero debieron indudablemente conmover á las *almas sensibles*.

¡No impacientaros... no me interrumpáis...!

*
* *

Era una noche espantable del mes de Diciembre. Los relámpagos alumbrando el espacio, causaban un efecto igual al que produciría una mano titánica que enarbolase una espada de fuego y descargara cintarazos sobre un toldo infinito de percalina negra. ¡Qué noche tan lúgubre y temerosa no haría, que los agentes de orden público, ellos tan amantes de velar por el reposo del vecindario, habíanse refugiado de la lluvia y el viento en uno

de los umbrales de la casa próxima!

De repente una sombra camina hacia el viaducto. Dibuja la silueta el contorno de una mujer. La luz de un relámpago ilumina su cuerpo. Lleva sus cabellos recogidos en una nube cenicienta. ¡Qué aficionadas son las mujeres á llevar nubes en la cabeza! Las puntas de la pañoleta que el aire agita por su espalda, adquieren el aspecto de unas alas. Anda con la inseguridad de la embriaguez.

Como la oscuridad de la noche es tan densa, y los faroles encendidos á lo largo de las bandas del puente concentran la luz por la vía, sólo masas negras é informes se perciben por ambos lados. La oscilación que produce el piso al andar y el viento que silba con estrépito, fingen que se navega por los aires en un féretro monstruoso.

Un momento después, la mujer aferrada á la barandilla y los agentes de orden público cerrando el paso á la

muerte, diríase que remedan un episodio de la *danza macabra*. Siempre que veo cruzar de lejos á la pareja de estos guardias entre las sombras de la noche uno en pos de otro y envueltos en sus largos capotes, recuerdo á Dante y Virgilio..,

Las deprecaciones de aquella joven —porque aquella mujer era una joven pura y hermosa— fueron inútiles. Conducida ante el juzgado de guardia, declaró tímidamente que llevaba muchas horas sin comer, que carecía *hasta* de familia, y que no pudo encontrar trabajo. Terminada la declaración de la pobre niña, el escribano clavó la pluma en los perdigones y lanzó un bostezo...

¡Oh inutilidad de las anfibologías metafísicas! Llamadme ligero... ignorante... ¡No importa! Por de pronto, habéis suspendido los sorbos de vuestras humeantes tazas de café y me contempláis con faz estúpida...

Necesitamos un nombre; pues bien: aquella niña se llamaba Rosa. Ignoro los acuerdos que el hecho producirían en el puro seno de las asociaciones piadosas; desconozco todo el alcance que entrañan esas benéficas asambleas de las damas conocidas. Yo no sé por qué se llaman conocidas.... ¿Quién es capaz de conocerlas? Pero ello es que la noticia despertó la conmiseración de las *almas sensibles*, y á los pocos días, Rosa, reclinada en una brillante carretela hacia su aparición como ahora se dice en el gran mundo...



Para que continúe tenéis que permitirme las digresiones... ¡Todo degenera en nuestro país! ¿Os acordáis de aquellas damas espirituales de las antiguas rifas de beneficencia? ¡Todo de-

general! Por estos caminos del cursilismo ilustrado, tengo esperanzas de ver pronto en esas rifas, maternas patronas de huéspedes!

Yo la conocí la noche lúgubre en que intentó suicidarse: una de esas noches en que volvemos á la redacción con las cuartillas en blanco... Ahora, hace un momento, acabo de saludarla... Se dirige indudablemente al paseo de carruajes. Lleva un elegante vestido de color de malva rodeado de blondas... Un sombrero archiduquesa con una enorme pluma... y por lo que he podido observar, un tren fastuoso, con los bizarros caballos del conde...

¿Quién de vosotros se atreverá á censurarme, quién de vosotros, porque sombrero en mano me haya apresurado á saludarla?

¡Bah, eso ahora es de buen tono! Por otra parte, si alguien me ha visto ¿qué sabe ese alguien si aquella mujer

hermosa es una mujer del viaducto, ó una gran señora?

Recordad una de esas noches calladas y dulces de los conciertos. Las farolas de luz eléctrica parecen globos sujetos... Una multitud de pájaros inmóviles atisba desde las ramas con el silencio del asombro la muchedumbre elegante que se codea. Las hojas de los árboles dibujan sobre el suelo calados fantásticos. Diríase que uno de aquellos globos de luz se ha escapado cuando alzáis la vista á la luna. Allí se libra una batalla en que los ojos son las máquinas de guerra. Soñáis. Todas las alegrías del matrimonio vienen á vuestro pensamiento, como si de aquel espacio de oscuro azul descendieran coronas invisibles de azahar... ¡Ah! pero cuando os sentís convertidos, cuando aparece un punto realizado el triunfo de la moral, el roce de la falda y el fuego de los ojos y el perfume de heno de una de

esas *mujeres del viaducto*, desvanecen vuestros sueños íntegros...

Ellas asisten á los paseos, á las funciones más solemnes, á todos los espectáculos, apagando con su presencia la sonrisa de las damas. ¿Pero es que la moral y las conveniencias sociales no tienen medios para evitarlo? Me diréis que estoy loco. ¿Dónde vamos á parar? ¡Imposible! La sociedad produce el mal, pues que sufra la sociedad sus consecuencias.



La historia de Rosa no ha llegado aún á su desenlace. Dentro de diez años, tendrá el derecho de elegir entre el suicidio y el hospital...

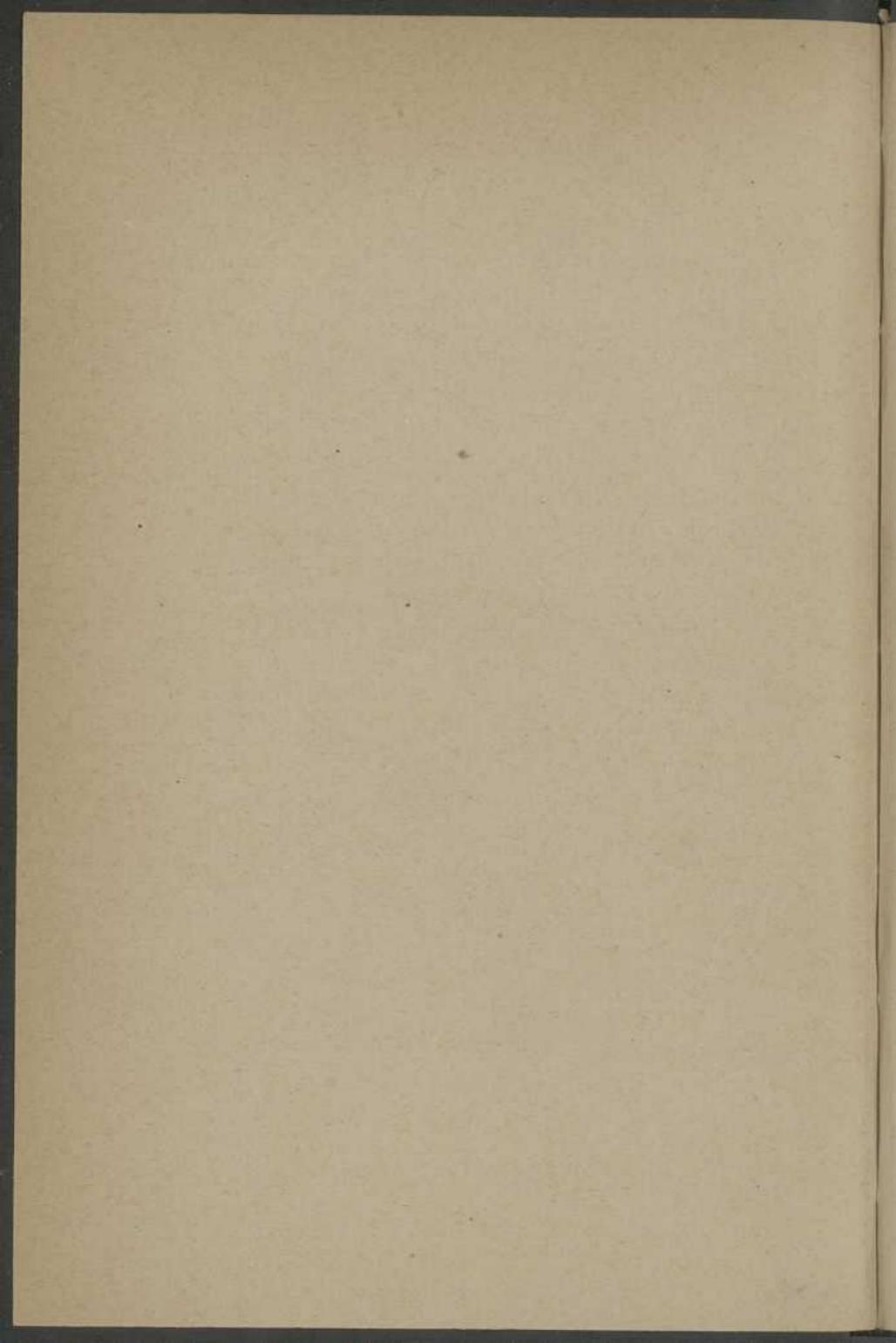
Por último. Yo profeso la teoría de que la mujer pobre y hermosa es del viaducto. Lo que hay es que, ni todas

las que sueñan en arrojarse, se arrojan, ni todas las que se lanzan, caen. El carruaje, por ejemplo, tiene mayor altura para estas pasionarias del arroyo y produce más vértigos en ellas, que el enrejado endeble del viaducto... El Teatro Real es otra altura...

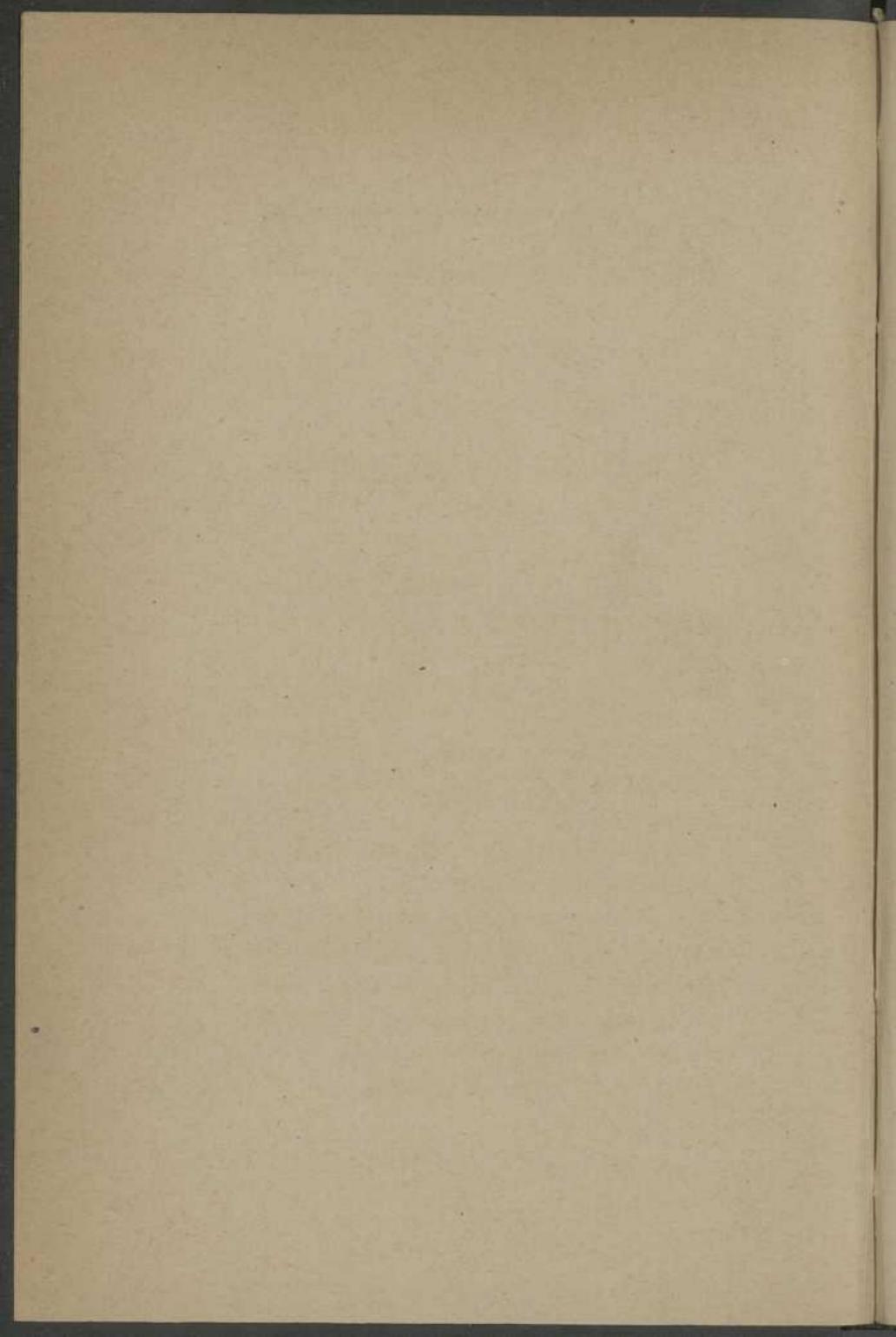
¡Para esta clase de mujeres todos son viaductos!

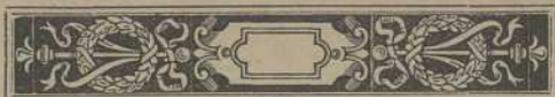
Y al decir esto, Julio, que es un periodista ilustrado, apuesto y alegre á quien todos conocemos, recogió la petaca abierta sobre la mesa, calóse el sombrero, y sin añadir una palabra más salió con aire distraído del Suizo...





EL PÁJARO DEL MANICOMIO





EL PÁJARO DEL MANICOMIO

SUBÍ á un carruaje de alquiler y en media hora halléme á las puertas del asilo.

Un criado me condujo á las habitaciones del director del establecimiento.

La escalera que yo había ganado rápidamente, era mezquina, como la de cualquier casa de vecindad, provista de un pasamanos de nogal barnizado. Mi guía abrió bruscamente una mampara y separando un pesado portier, me dijo:

—Puede usted pasar. Este es el despacho del jefe.

Dí algunos pasos por la estancia y me detuve. Encontréme sólo; y recuerdo que me alegré de esta circunstancia.

Siempre que me he visto precisado á hacer una visita análoga, de esperar algunos minutos ó de que me salga al encuentro la persona que busco, he preferido lo primero. Esto que parece una puerilidad constituye una ventaja. El aspecto de la habitación, ciertos perfiles del adorno, la forma peculiar en que los muebles aparecen distribuídos, algunos detalles eximios os enseñan el carácter, los gustos, la edad y hasta el temperamento del dueño de la casa. Además, tenéis el derecho de colocaros de espalda á la luz, y si llega á tanto vuestro espíritu de observación, podéis sorprender en vez de ser sorprendidos. El efecto que causa vuestra presencia en la

persona que viene á recibirlos, el más fugitivo movimiento de enojo, hasta el concepto que ella forma de vosotros á primera vista, todo podéis descubrirlo...



Yo me sentía dichoso en el despacho del célebre doctor alienista.

Era una salita alegre y limpia en donde nada revelaba la presencia del médico. No había allí esos cuadros de cartón-piedra con modelos anatómicos que producen extraños escalofríos en los profanos. A la izquierda de la puerta de entrada abríase una ventana ancha, con una persiana caída, por entre la cual y separando las tabletas verdes, miré el fondo del jardín del manicomio, triste y desierto, y la calle arenosa formada por negros ála-

mos, y aquellas huellas humanas recientes aún, que indicaban quizá el paso de los únicos seres libres en la tierra, para los cuales no hay fuerza abnegadora que sujete ó modifique los vuelos de la voluntad, ni existen las acerbadas realidades de la vida; que no hay cadenas más fuertes para el libre albedrío que las forjadas por la triste realidad.

Indudablemente, habían terminado las horas de recreo de los asilados ó se hallaban en el comedor, porque nadie turbaba la decrepita y augusta majestad de aquellos linderos; ni el más débil grito, ni el más tenue soplo de aire, ni el trino de un pájaro, ni el rumor de una fuente... Allí todo parecía encerrado, hasta el silencio.

Volví los ojos al despacho del doctor. Reparé entonces en la mesa de ébano, en las sillas relucientes cubiertas con tapetes de crochet, acaso la aburrida labor de las hijas del médico

en las calladas noches del invierno, y en la estera pajiza y tersa que cubría el suelo.

De pronto, como el volante disparado de un reloj, ó como el torrente de acordes que lanza una caja de música, rompió súbita y ruidosamente á cantar un pájaro en aquel santuario, con un desahogo y una desvergüenza y un aplomo increíbles. Detrás de mí había una puerta que comunicaba á otra pequeña habitación, en la que hasta entonces no había yo reparado, por entre cuya cortina medio corrida penetró un rayo de sol, como una estrecha cinta de fuego, que fué á encender ráfagas de oro en la tapadera del tintero de cristal del doctor y de allí subió saltando hasta un Cristo de marfil que sobre una ménsula de palo santo descansaba encima del sillón circular del despacho. Y aquel rayo de sol corrióse por toda la piadosa escultura, prendió como

una especie de aureola de llamas sobre la diadema de espinas del Crucifijo, y desapareció.

Yo me aproximé á este gabinete con cierta precaución. Era el segundo despacho, el verdadero despacho del famoso alienista, con sus estantes cargados de libros, sus modelos de disección y sus figuras que fingían la carne viva. Ah, sí; todos los médicos debieran tener dos despachos: uno para el estudio y otro para la consulta...

En el centro de una ventana abierta, entre dos macetas sin flores, pendía de un alambre una jaula de pino y encerrado en ella trinaba el jilguero que me había comprometido á descorrer la cortina...

—¡Dios mío!—me dije.—Si estará loco también ese pájaro...

¿Y por qué no? ¿Acaso no ha podido perder la razón al verse para siempre desterrado de su hogar? Ese jilguero tendría sus hijuelos;—pero

supongamos que no los tuviere—tendría seguramente una compañera, cuando menos... Yo me imagino sin gran esfuerzo el drama de que ha podido ser actor singular. Un nido sobre un alero, bajo una rama, dentro de un hueco cualquiera. Se han ido esclareciendo las sombras de la noche y las primeras brisas de la mañana han oreado la manida. Los pájaros sacuden el sueño, levantan la cabeza, se miran con los ojos entornados, y pían. Sigo concediendo que no tengan hijos, aun cuando creo que no hay *pájaras* estériles. Ella por varios mimos indica que ha pasado una mala noche. No hay otro remedio; el pájaro tiene que salir en busca del sustento diario. Quizá se preocupa ante la idea de que deja el refugio abierto á todos los peligros. ¡Entonces, trina! Después va despacio á colocarse en el pretil... El borde de un nido es el borde de un abismo. Allí se

despide gorjeando. ¡Adiós, pájaro mío!—oye que le dicen, y se lanza como una saeta por el espacio.

Aquel pájaro se pierde de vista. Cuando adivina que ha subido lo bastante, suspéndese inmóvil para orientarse y escudriña con las pupilas agitadas la extensión del paisaje. A lo lejos percibe un prado de verde y menuda hierba y se lanza alegre con su pío, pío, hacia el color de la esperanza. Ha descendido, ha descubierto el grano oculto bajo la escarcha y se siente impulsado á elevarse un segundo, por exultación generosa, para avisar, porque las aves no tienen el egoísmo de los hombres, de la pródiga pitanza á las demás compañeras; pero cuando pretende realizarlo advierte que los hilos de la red oprimen sus alas; y pronto las mallas de seda se truecan en mallas de alambre, y de pájaro libre conviértese en cantante forzosamente contratado por un

número eterno de representaciones.

Hay quien dice que después de algún tiempo de cautiverio los pájaros renuncian á la vida del campo, desconocedores de la bucólica de fray Luis de León.—Ello es que no quieren volar —asegura alguna de esas señoritas que comen bombones en el palco; ignorando acaso, quien tal piensa, que tras las negruras de una prisión, todo sér al contemplarse libre siente turbados los ojos y la conciencia, y en esta interrupción de sus facultades mentales vacila en el camino que ha de emprender. El goce de la libertad predispone al desprecio de ella.

*
* *

Pero empezaba yo á impacientarme. Llegué junto á la mesa, y observando sobre un libro abierto una pe-

queña fotografía, la cogí y me puse vagamente á contemplarla.

—¡Veo que le gusta á usted esa joven!—oí que me decían con acento burlón... Volvime rápidamente, entre confuso y airado, como quien se hallara á punto de cometer un delito. Era el doctor. Yo que pretendía allí sorprender había sido por el contrario sorprendido.

El doctor me hizo una indicación para que me sentara, dirigióse lentamente hasta ocupar el sillón, abrió uno de los cajones de la mesa y colocando el retrato entre las páginas de un cuaderno, me dijo:

—En primer lugar, amigo mío, diré á usted lo que yo digo á mis jóvenes alumnos: no confiéis del todo en la mujer, porque la primavera es traidora. La época de las flores es la estación de las calenturas...

Y tomando un aire serio, repuso:

—La persona cuya imagen repro-

duce esta fotografía, constituye un caso singularísimo de la locura humana. El más hábil alienista difícilmente descubrirá un rasgo ó un signo en la fisonomía de esta mujer que revele el desarreglo mental que sufre.

Fíjese usted—añadió alargándome la cartulina—en ese rostro plácido y tranquilo, en esa mirada vivaz y arrobadora, y dígame usted si encuentra ahí la imagen oscura ó la visión conturbada que acusan la demencia.

Yo examiné entonces la fotografía con emoción y curiosidad.

La mujer allí retratada tendría á lo sumo veinte años. Sus ojos negros y rasgados eran brillantes, pero tímidos. El rostro ovalado, debía tener ese color moreno encendido, suavemente verdoso, del tipo andaluz.... Eran sus cabellos de esos que destellan reflejos azules en fuerza de ser negrísimos; y su boca dibujaba una expresión al par de sensualidad

y de candidez que me impresionó.

En efecto, nadie diría que aquella mujer era una loca...



El doctor, como respondiendo á mi pensamiento, ahogó un suspiro y continuó:

—¡Es una de mis pobres enfermas! ¿Quiere usted ahora saber cómo determino ese desorden cerebral? ¡Parece cosa de risa! ¡Puede decirse que es una locura por indagación!

Su historia es triste pero de accidentes cómicos. Esa señorita pertenece á la clase acomodada. Vivía en el seno de una numerosa familia compuesta de sus padres, de una tía materna solterona, de una hermana política del padre, que se quedó viuda siendo muy joven, y de la abuela del marido de esta cuñada.

En la casa—supongamos que aquello era una casa—la ocupación de todos consistía en prodigar cuidados á la que ahora es mi enferma; en dirigirla con la solitud más cariñosa, y muy especialmente en aconsejarla...

La niña, como todos la llamaban, era una de esas jóvenes de las cuales se dice que tienen mucho partido.

Los padres sin dar tregua al consejo, encarecían á esta pobre criatura que procurase tomar estado con un hombre de sólida posición; la tía, enemiga irreconciliable de los hombres, esforzábbase en argucias y sofismas para desvanecer estos proyectos casamenteros, declarando, desde la mañana hasta la noche, que las mujeres que tienen de qué vivir no necesitan contraer nupcias; la cuñada, con una obduración digna de mejor causa, jurábale á todas horas que la felicidad de la mujer estriba en el matrimonio y hasta hay quien dice que á veces

extendíase en largas disertaciones sobre los deliquios espirituales que nacen de este sacramento; y la abuela de nadie, especie de dispensera de la casa, referíale por extenso, en los ratos confidenciales de sus labores, ó cuando iban á la iglesia, las historias de las santas, de cuyas noticias biográficas resultaba que casi todas procedían del estado honesto...

La desgracia de esta señorita fué que en pocas semanas tuvo diez ó doce pretendientes; y tan luego como aquella sensible y solícita parentela dióse por enterada de ello, comenzaron las reflexiones, advertencias, consejos y máximas que todos por separado consideraron como indispensables para labrar el porvenir de la pobre niña. Esta, lejos de pensar como la abuela del marido de la cuñada de su padre, veía en el matrimonio el áncoa de su salvación, y procurando descubrir por el estilo de una carta la

sin­ceridad del afecto de uno; por las frases de otra el talento y la rectitud de éste; por la constancia en seguirla á todas partes el mayor grado de cariño de cada uno de por sí; contando á todas horas quién había pasado más veces por la calle; cuál era el que miraba y sonreía con más dulce expresión; si aquél vestía con más graciosa elegancia ó éste resultaba con aire más distinguido; y luego, los informes sobre la posición de éste; las noticias sobre la vida alegre de aquél; uno que era médico y pretextaría de sus visitas para no hallarse en casa; otro que era militar, militar, ¡qué bien! pero tendría un geni­azo in­aguantable; Pedro que ya era talludito; Pablo que era demasiado joven para ella; ¡qué lástima! si tuviera algunos años más... Juan que hacía el amor de una manera tan displicente: ¡como si todo se lo mereciera! y unido á tanta cábala el no poder averiguar

algunas cosillas personales de todos ellos...

Nada; que había que continuar indagando, sin decir que no, ni que sí; y discutiendo sobre la cuestión de metales con papá; sobre el carácter y la buena estampa con la mamá; sobre la profesión y el mayor lustre de una carrera con la *tita*; y sobre la moralidad y las ideas religiosas con la abuela sin nietos...

¡En fin, amigo mío, que se volvió local!

—¿Pero esa historia es posible? — pregunté yo con el mayor asombro.

—¡Oh, tan cierta como usted la oye! La muchacha hizo de la cabeza corazón y del corazón no hizo caso, ó hizo caso omiso, y aquí la tiene usted, ó mejor dicho, allá, tras aquellos viejos álamos que ahora empiezan á balancearse; en un caserón de planta baja que desde aquí no puede usted descubrir, y que fué un tiempo el famoso

invernadero del convento de los padres Agustinos.

—¿De suerte, doctor, que no espera usted salvar esa niña?

—Por de pronto, sí. Hace ya tiempo que se viene indicando la mejoría, cada vez más acentuada; y yo he ofrecido solemnemente á sus padres que, de no sobrevenir un contratiempo inesperado, de seguro para la primavera...

—¿Y cree usted que no volverá á sus indagaciones?

—¡Ah, eso ya es otra cosa! Nada puedo afirmarle. ¿Quiere usted saber la razón de ello? Voy á decírselo en pocas palabras. Temo, cuando llegue la hora crítica de salir de aquí, temo, digo, que esa pobre niña que ha jugado á las muñecas con su corazón, *no sepa hacia dónde dirigirse...*

El jilguero empezó de nuevo á cantar su aria favorita.

—¡Entonces, doctor— exclamé yo

—la infeliz tiene menos instinto que un pájaro! Si abre usted aquella jaula, de fijo que ese otro loco sabe hacia dónde ha de ir.

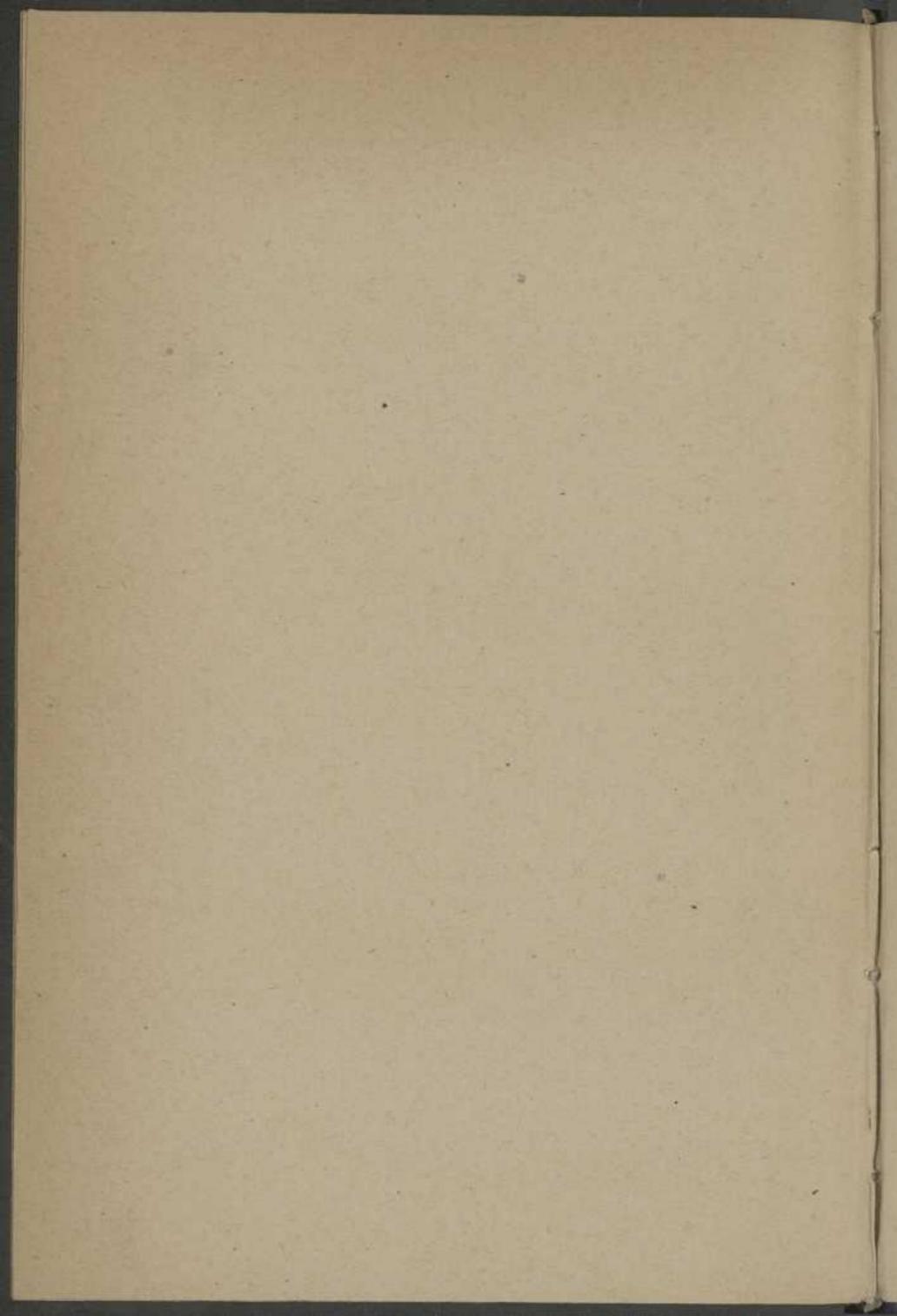
El doctor me enseñó sus dientes blancos y largos... ¡como los de un perro!

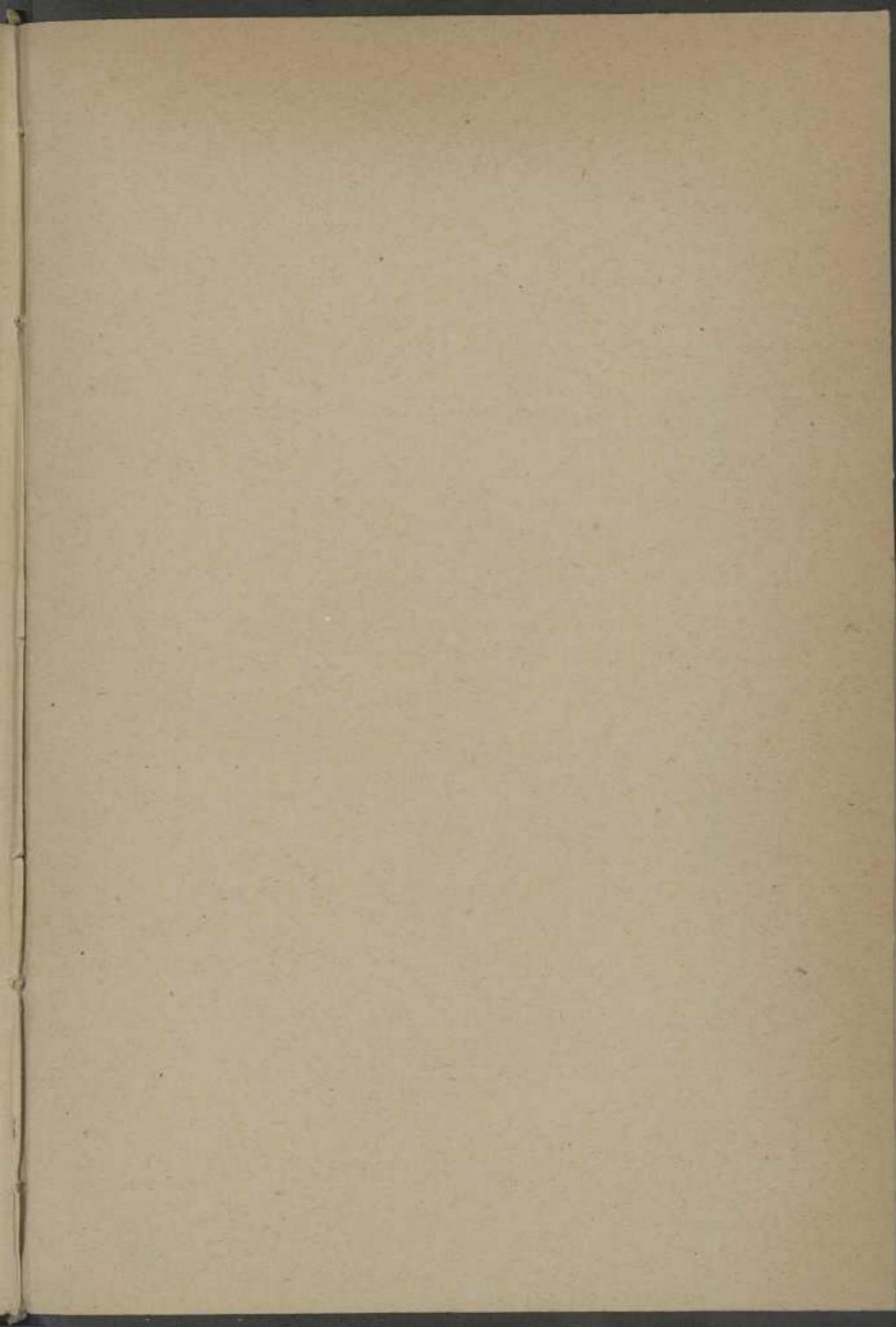


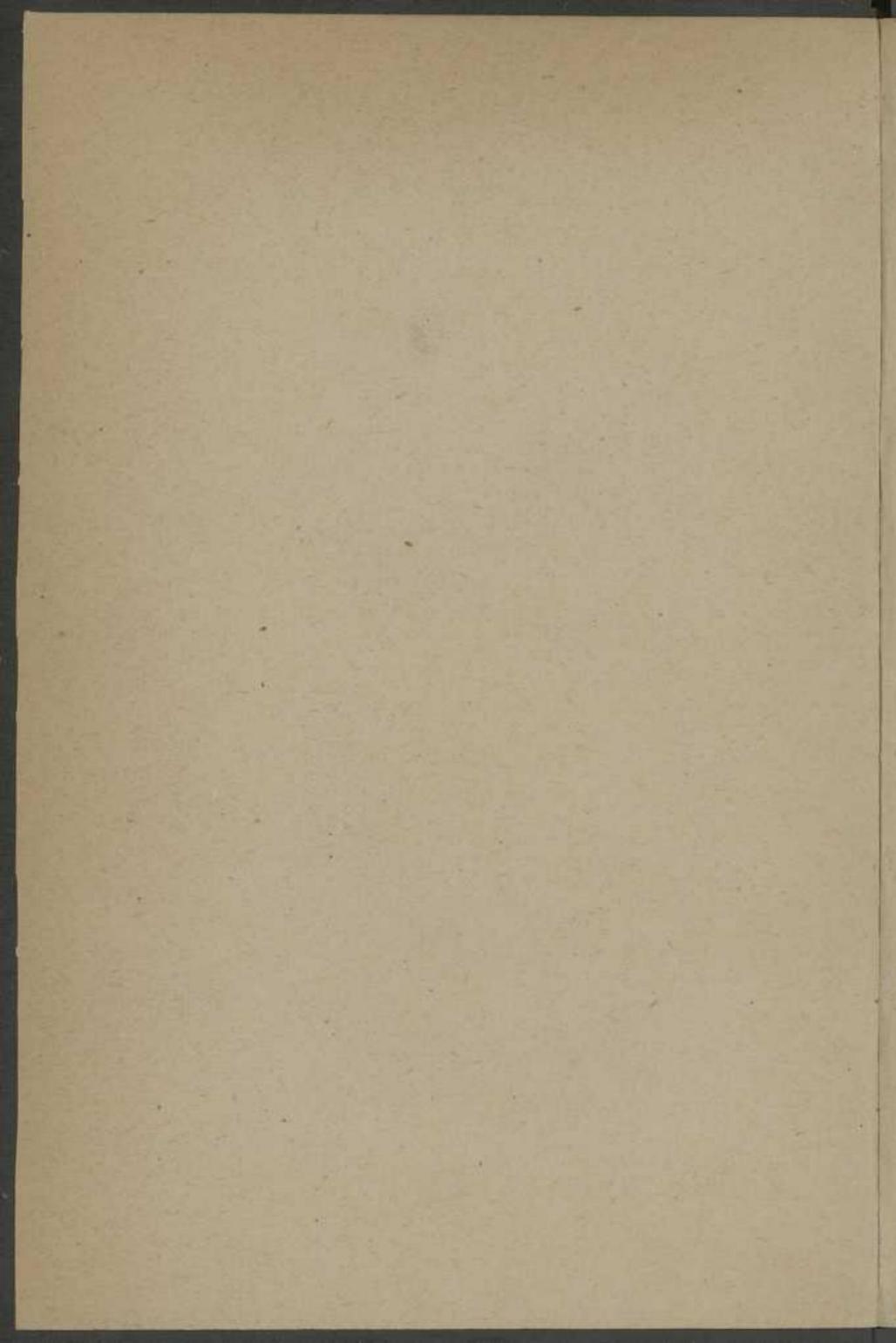
ÍNDICE

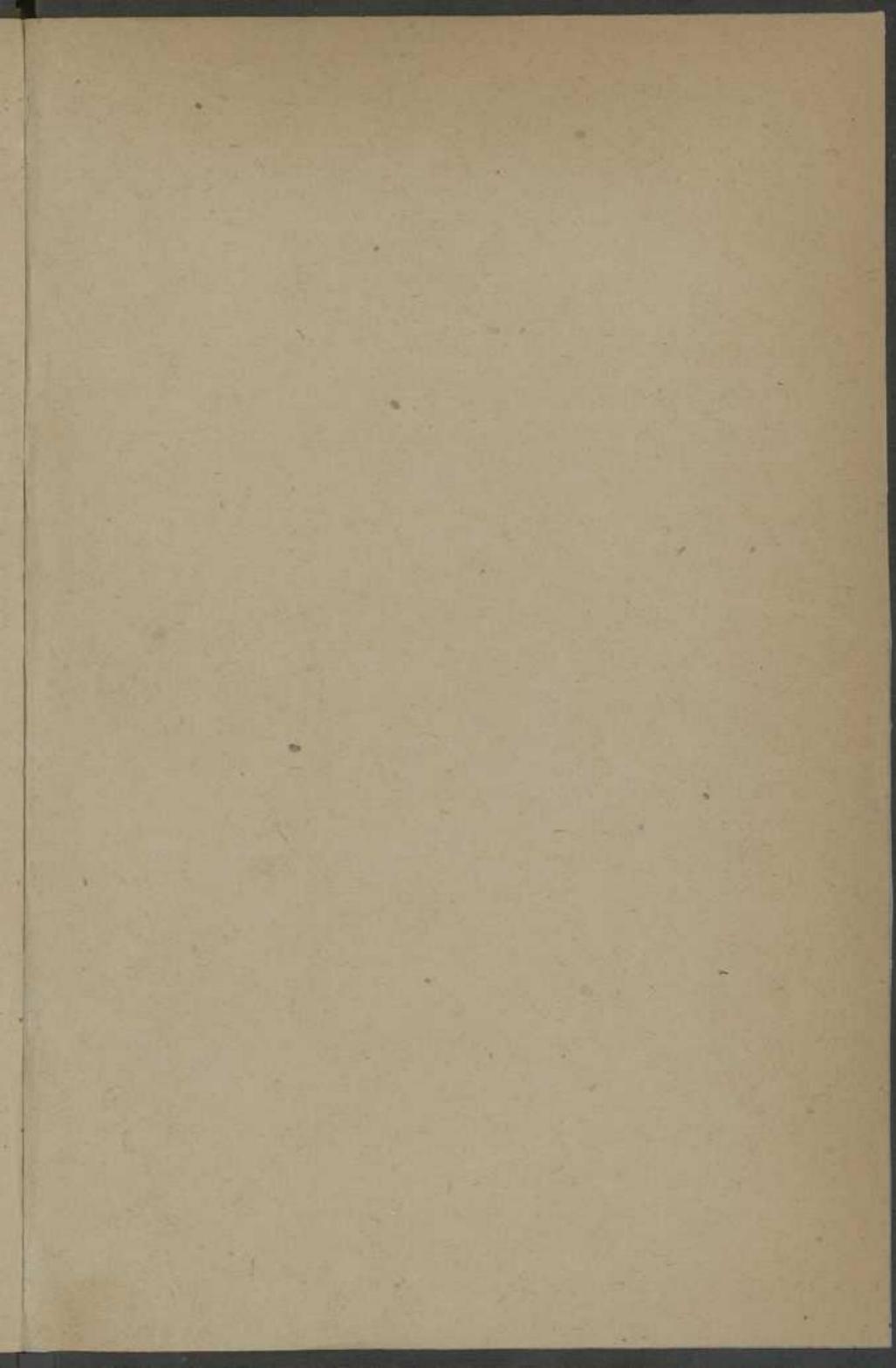
	<u>Páginas</u>
La moral de Guignol.....	7
La varita de nardos.....	21
La caja de juguetes.....	41
La Isla de los Sueños.....	59
La mujer del viaducto.....	77
El pájaro del manicomio.....	89

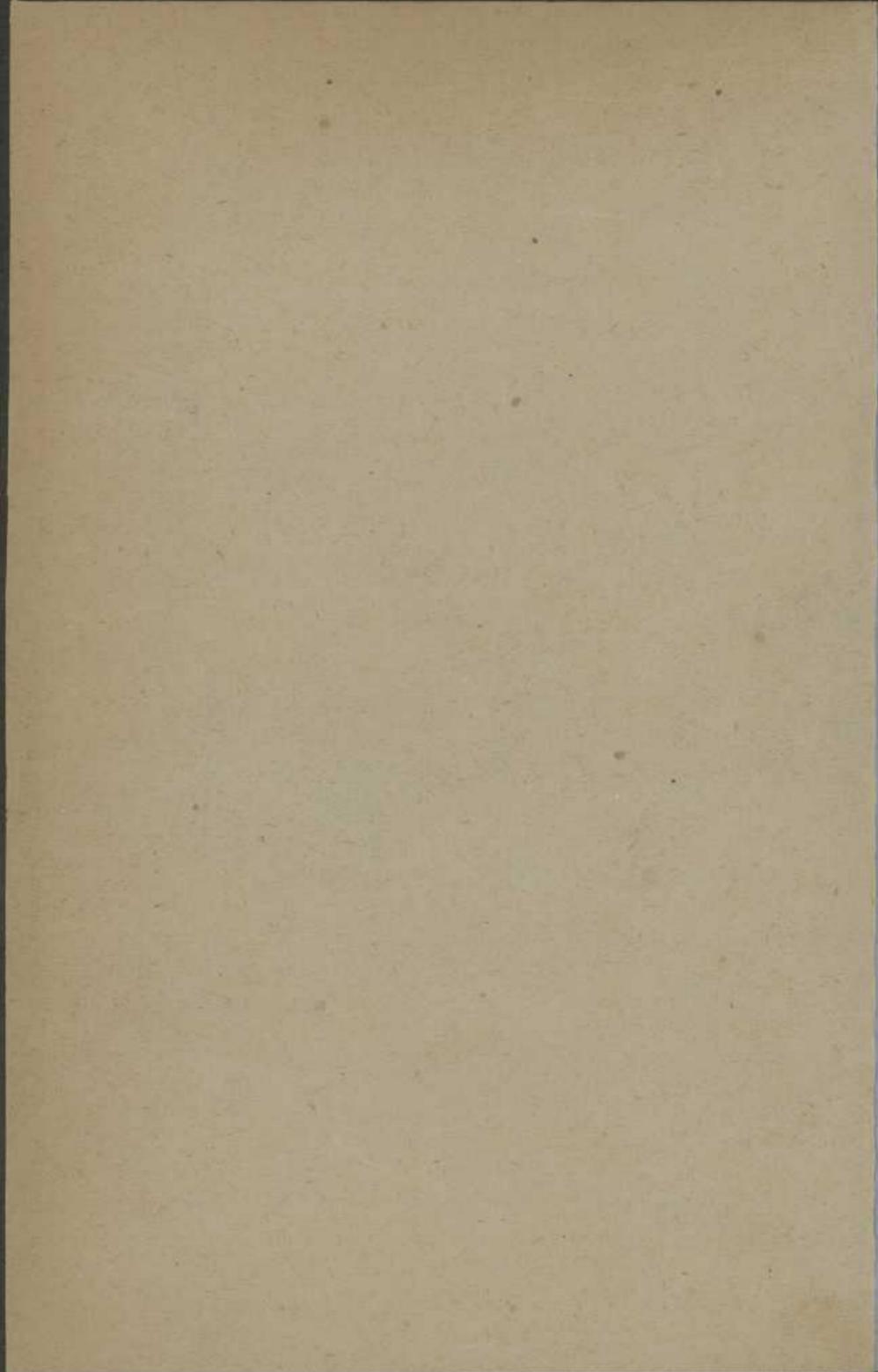


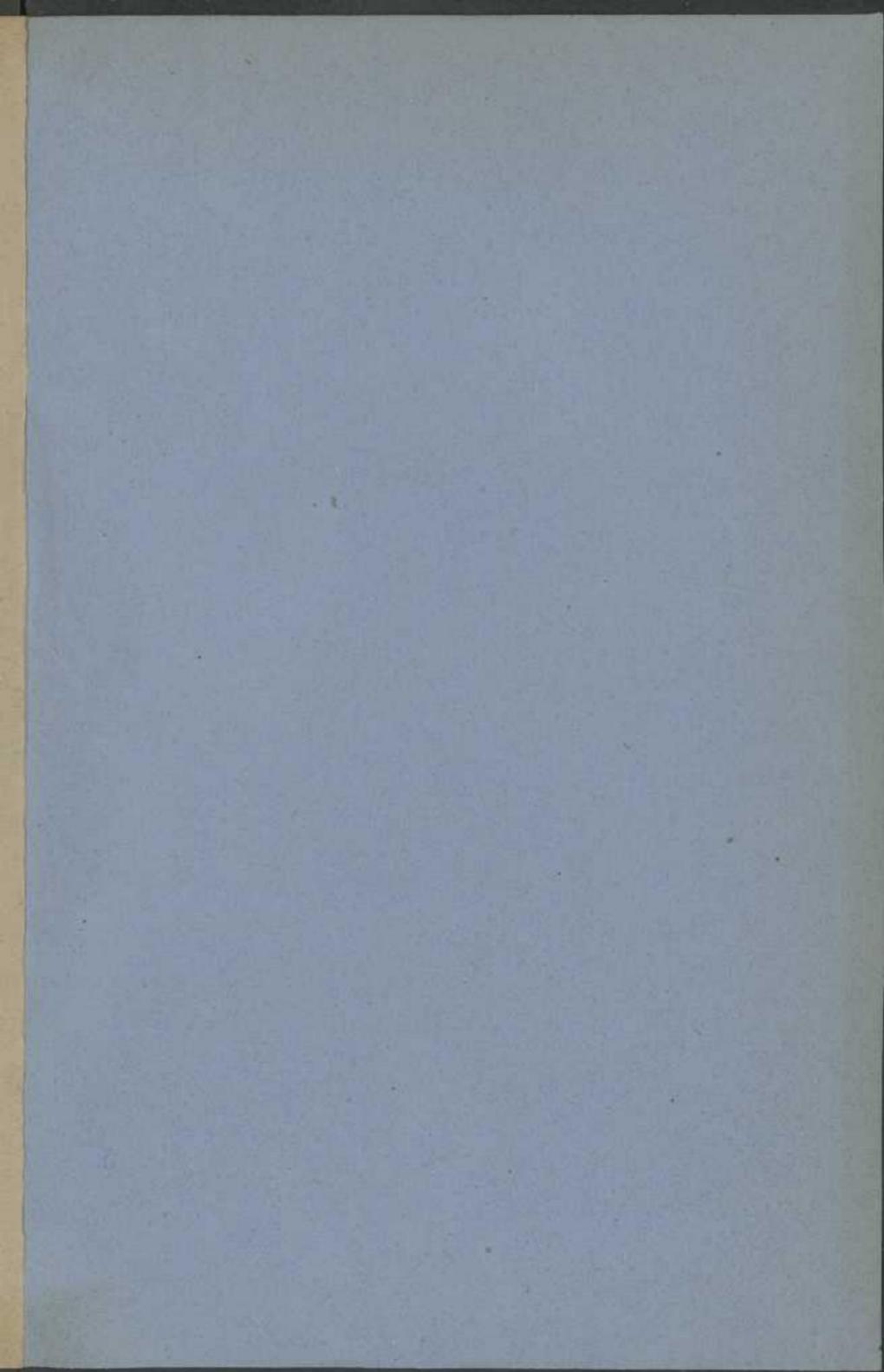


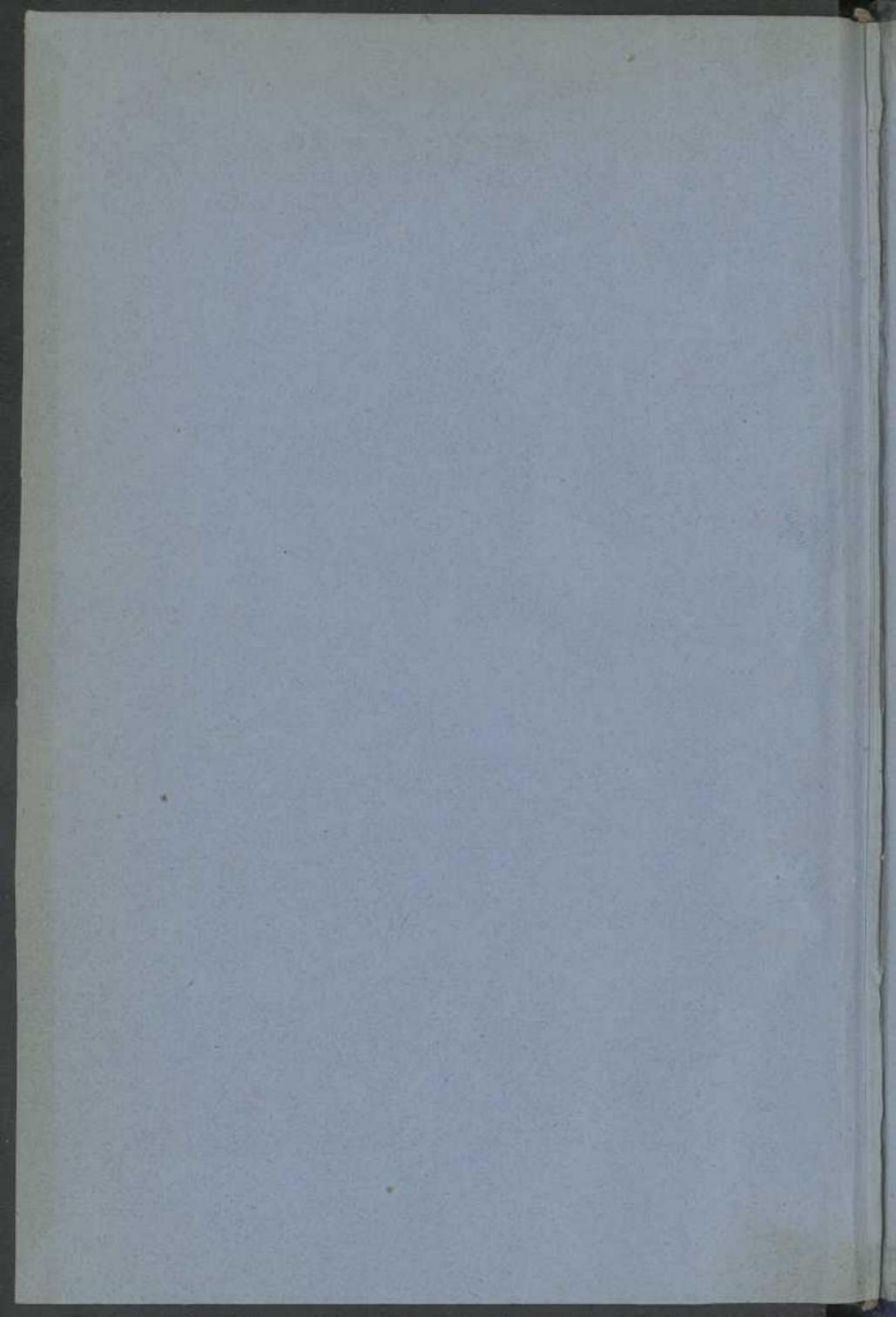


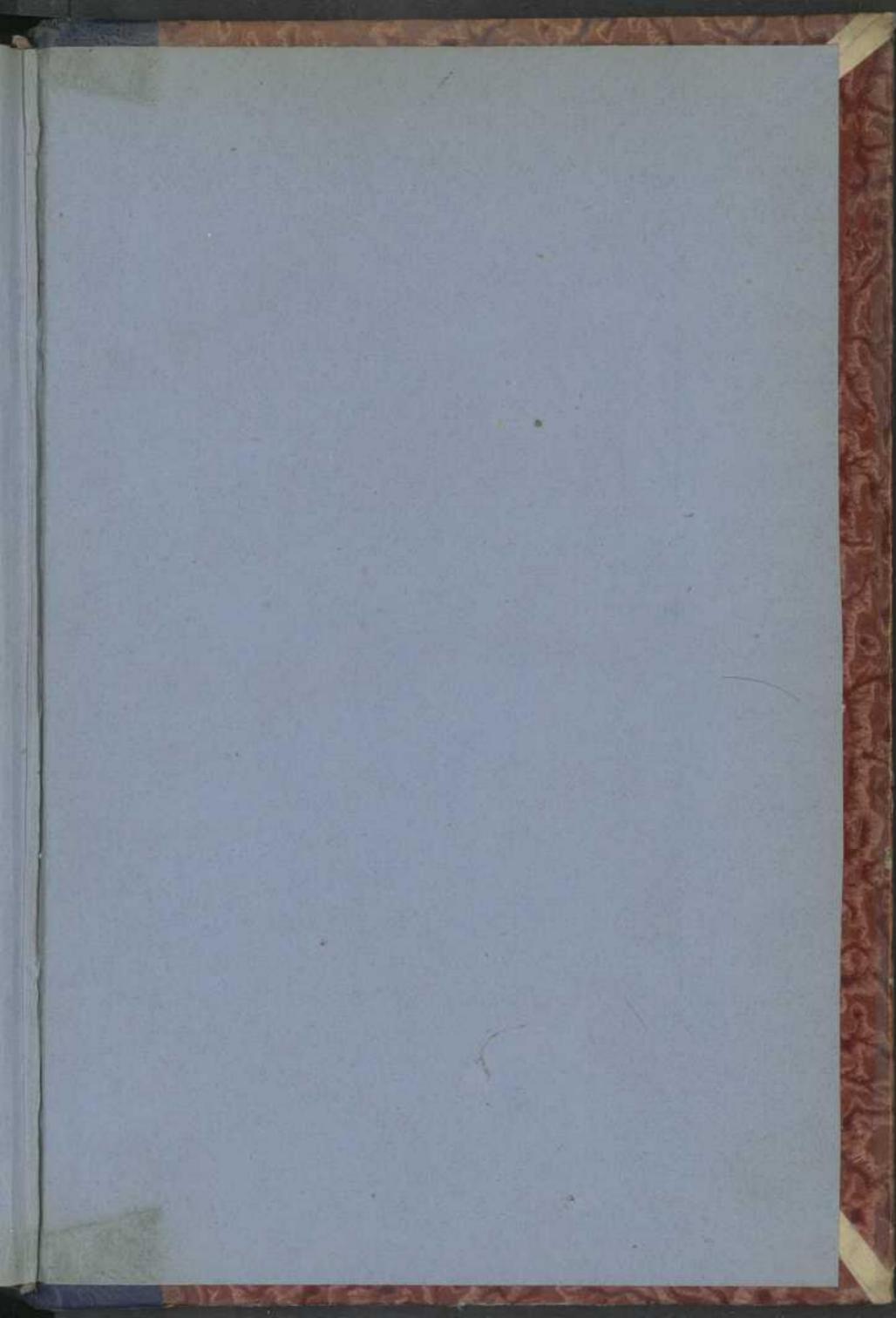












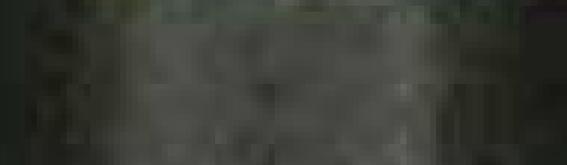
14.



PLANTIER



COSA
DEL
MUNDO



99